LA INDUSTRIOSA MADRILEÑA Y EL FABRICANTE DE OLOT, Ó LOS EFECTOS DE LA APLICACION.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR DON FRANCISCO DURAN.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE EUSEBIO RIBERA.

PERSONAS.

Doña Cecilia de Aragon y Palenzuela, joven Madrileña, industriosa en imitar telas extrangeras de hilo, seda y algodon. La Sra. Juana Garcia.

D. Estevan Vilabella, Fabricante de medias de todas clases, muselinas, paños, estameñas &c. El Sr. Manuel Garcia.

D. Prudencio de Verga, Ministro de la Real Audiencia de Barcelona y Juez Conservador de la fábrica de D. Estevan. El Sr. Manuel de la Torre.

D. Silvestre, medio hermano de D. Estevan, Mayorazgo y estudianton ocioso. El Sr. Mariano Querol.

D. Pablo, Padre de D. Estevan y D. Silvestre. El Sr. Joaquin de Luna.

Simon, camarada de D. Silvestre, vago, embrollon y falsificador de firmas. El Sr. Rafael Ramos.

Blas, aprendiz de D. Estevan, hombre de unos treinta años. El Sr. Juan Antolin Miguel.

Un Page, un Mozo y Soldados. Personages mudos.

DECORACION.

El teatro ha de representar una sala con tres puertas, la del foro es para ir á los quartos de D. Pablo, D. Estevan y D. Silvestre; la de la derecha guia á la fábrica y á la calle; y la de la izquierda, que estará cerrada, es la habitacion de Doña Cecilia.

En las entre-puertas habrá sillas y un vestido decente encima de una de ellas. A la derecha del tablado una mesa de caxon con recado de escribir, y un armario que se ha de abrir y cerrar.

ACTO PRIMERO.

Sale Blas por la puerta del medio, vestido con una casaca vieja de librea, el pelo colgando en trenza y un gorro catalan en la cabeza, y Simon por la puerta de la derecha con vestido negro, peluquin sin peynar y guantes.

Sim. Amigo, ¿es usted de casa?

Blas. Aprendiendo estoy en ella
á ser hombre de provecho.

Sim. Con que en resumidas cuentas
¿es usted?

Blas. Un aprendiz.

Sim. Tarde empezó esa carrera.

Blas. Mas vale tarde que nunca.

Sim. Tiene usted buenas respuestas;
por fin natural de Olot.

Blas. Pluguiera á Dios que lo fuera.
Sim. Pues ¿de dónde lo es usted?
Blas. De Asturias, y harto me pesa.
Sim. ¿Por qué?
Blas. Porque dixo un dia
el maestro una sentencia,
que de medio á medio coge
á los pueblos de mi tierra;
y fue, que mientras la industria
en Olot los campos puebla,
dexa el ocio en otras partes
las poblaciones desiertas.
Sim. Verdades de Pero Grullo.
Blas. Esas son las que hacen fuerza:
el Fabricante procura
que todo el mundo se adquiera
el sustento con sus manos.
Sim. ¿Y no es eso una simpleza?
¿A qué fin se ha de afanar
un hombre que tiene renta
y puede echarse á dormir?
Blas. Al de que no le suceda
lo que al Sr. D. Silvestre.
Sim. ¿Qué le sucede?
Blas. ¡Friolera!
Que viene muy confitado
á divertirse en la feria
revestido de que es dueño
de casa y sus pertenencias,
y al pobre Doctor naranjo
la diversion que le espera
es, que su hermano le llama
para entregarle sus cuentas;
y quando habiendo seguido
del maestro las ideas,
seria en Olot la suya
la casa mas opulenta,
por sus gastos excesivos
ha de quedarse por puertas.
Pero, señor, ya llevamos
mucho tiempo de parleta;
¿Qué viene usted á buscar?
¿algun paquete de medias?
muselinas? paños? gorros?
Esta es fábrica perfecta,
el género es superior,
y se da con conveniencia.
Sim. Lo que quiero es ver los amos.
Blas. Están durmiendo la siesta.
Sim. Pues mientras que se levantan
vamos á otra diligencia:
yo soy miembro de justicia.
Blas. ¡De justicia!
Sim. Sí, y es fuerza
Forma la Cruz con los dedos.
que jure usted á esta Cruz
de decirme con certeza
quanto en esta casa pasa.
Blas. Señor, ¿y si tal supiera
el maestro?
Sim. No sabrá:
á la justicia obedezca.
¿Quién es el que subministra
la moneda á Don Estevan?
Blas. Un mercader de Gerona
y el gran Don Prudencio Verga.
Sim. ¿Quién es ese?
Blas. Es un Ministro
del número de la Audiencia
de Barcelona, encargado
del fomento que dispensa
aquel recto Tribunal
á esta fábrica y la escuela
de dibuxo.
Sim. Y es grande hombre?
Blas. ¿Aquí por tal le veneran:
desde que viene á esta Villa
no hay casi pobres en ella,
y es porque persigue y trata
los ociosos á baqueta.
Sim. ¿Se halla en Olot? *sobresaltado.*
Blas. No señor.
Sim. ¿Y qué obliga á Don Estevan
á querer hoy liquidar
con Don Silvestre las cuentas?
Blas. Aprovechar la ocasion,
porque despues de la feria
se volverá ese estudiante
á las Aulas de Cervera,
y quiere que aquí y allí
públicamente se sepa
como por sus desvarios
ha quedado en gran miseria.
Puede ser que así se aplique
á aprender un arte ó ciencia,
dexando de acompañarse

con

con otro mala cabeza
como el perverso Simon.
Sim. ¿Qué Simon?
Blas. Un calavera,
que hace ya mas de dos meses
que está bogando en galeras
por haber falsificado
algunas firmas y letras.
Sim. Será aquel que graduaba
de Doctor á qualesquiera,
en dándole unos doblones
para mozas y botellas.
Blas. El mismo.
Sim. ¡Gran perillan!
¿No escapó de la cadena?
Blas. Aunque corrió que se habia
lisiado la mano izquierda
para sacarse la esposa,
salió la noticia incierta;
mas volviendo á nuestro asunto,
si el Fabricante desea
salir luego de su hermano,
es porque tiene dispuesta
compañia de comercio
con un tal Don Juan de Illescas.
Sim. ¿Y quién es ese Don Juan?
Blas. Un muñeco, un pichichuelas,
que desde que aquí llegamos
no sale de esa huronera.
Señala la puerta de la izquierda.
Dentro come, bebe y duerme,
y de nadie ver se dexa:
él mismo se lava y plancha,
nunca gasta costurera,
y endilga tan bien texidos
de algodon, de hilo ú seda,
que todos quantos los ven
se admiran y se embelesan.
Sim. ¿Nació en Madrid?
Blas. No lo sé.
Sim. ¿Es aficionado á hembras?
Blas. Aunque quando le servía
no dió de ello alguna muestra,
esta semana pasada
me encargó que le traxera
unas medias y zapatos
de muger, y otras frioleras,
señal bastante segura
de que á galantear empieza,
ó de que (segun sospecho)
pasa por macho y es hembra.
Mira ácia la puerta del medio.
¡Ay que Don Silvestre sale!
Sim. Sí; pues vayase usted fuera.
Blas. Señor, por Dios el secreto.
Sim. Bien está.
Blas. Voyme á la tienda.

Vase Blas por la puerta de la derecha y sale por la del medio D. Silvestre vestido de estudianton en cuerpo de chupa, con gorro negro; al ver á Simon corre aceleradamente á sus brazos, y hablan los dos en voz baxa.

D. Silv. ¡Tú aquí, en Olot, Simon mio!
Sim. Silvestre, no el tiempo pierdas,
aprovéchale, y tomemos
los dos al punto soleta.
D. Silv. ¿Por qué causa? ¿Se murió
Catalina?
Sim. Tu parienta
ya está fuera de peligro:
¡Nos pasa mayor tragedia!
¡Caros nos salen los gustos
y tus pretensiones necias!
D. Silv. Acaba de despenarme;
no así suspenso me tengas.
Sim. El haber ido á Madrid
ha de ser le ruina nuestra.
D. Silv. ¿Por qué?
Sim. Porque se han pedido
informes de tí á Cervera,
con lo qual se ha divulgado
mi falsaria reincidencia,
y tu borla doctoral
voló yá, y cayó por tierra.
D. Silv. ¡Pobre de mí! lo que temo
es que en sabiéndolo Estevan
hará de mí mas rechifla
que los niños de las viejas!
Sim. Y mas hoy que va á ajustarte
muy por menudo las cuentas.
D. Silv. ¡Qué dices!
Sim. Que es menester
no dormirnos.

 Sién-

Siéntase junto á la mesa, y se pone á escribir.

D. Silv. Si me viera
con dinero....

Sim. Muy en breve
tendremos la bolsa llena.
Anda y engaña á tu padre
sacándole lo que puedas,
mientras hago yo lo mismo
con tu hermano Don Estevan.

D. Silv. ¿Y si acaso hace la trampa
que te conozca?

Sim. No temas;
pues jamas me ha visto el pelo.

D. Silv. ¿Y si la empresa se yerra?

Sim. Toma quanto halles á mano,
ensilla tu jaca inglesa,
y pásate luego á Francia.

D. Silv. ¿Y tú?

Sim. Eso no te dé pena,
porque en viéndose en apuros
cada pobrete se ingenia.

D. Silv. Pues voy á ver de ingeniarme.

Suena adentro ruido como de abrir alguna puerta.

Sim. ¿Qué ruido es ese que suena?

D. Silv. Que ya sale mi hermanito.

Levántase Simon, y recoge el papel que ha escrito.

Sim. Pues no conmigo te vea,
vístete, y pasa á buscarme
al meson.

D. Silv. En él me espera.

Vase D. Silvest. por la puerta del medio.

Sim. *Audaces fortuna juvat*:
ánimo, que de esta hecha,
si no consigo mis fines
en Barcelona me cuelgan.

Sale D. Estevan por la puerta del medio con una casaca y chupa regular y buen calzon negro. Simon se reviste de gravedad, y dice:

Sim. ¿Es usted el fabricante
D. Estevan Vilabella?

D. Est. Servidor de usted.

Sim. Yo soy
procurador de Cervera,
y habiendo allí contraido
su hermano de usted mil deudas,
hizo fuga habrá ocho dias,
de lo qual se ha dado quexa
por todos los acreedores,
y ha concedido la Audiencia
de Barcelona permiso
para embargarle la hacienda:
yo vengo á esta comision;

Enseña un Decreto supuesto de la Audiencia.

y ántes de dar parte de ella
á la justicia he querido
ver si acaso usted encuentra
un medio con que se aplaque
el furor de la querella,
porque si no D. Silvestre
sin remedio irá á la trena.

D. Est. ¿Qué arbitrio puedo hallar yo?

Sim. El de afloxar las pesetas.

D. Est. Si usted aguarda á mañana.....

Sim. No gasto yo tanta flema:
si al instante no se aprontan,
á lo menos, ochocientas
libras, á roso y belloso
embargo hasta las tachuelas.

D. Est. Amigo, no tengo un quarto.

Sim. ¡Sale usted con buena fresca!

D. Est. Mientras mi hermano Silvestre
malgasta á trompa y talega,
mucho mas de lo que rinden
sus casas y sus haciendas,
distribuyo yo el producto
que saco de mis faenas
en ver si conseguir puedo
que aquí en Olot se establezca
un número prodigioso
de personas extrangeras,
que he recogido en mi casa
y trabajan de mi cuenta:
esto supuesto, si usted
puede darme alguna espera,
saldré luego por la Villa
á ver si alguno me presta
la cantidad que usted pide.

Sim. Bien: daré luego la vuelta.

D. Est. ¿Puede usted darme una copia
del Decreto de la Audiencia?

Sim. Dexaré el original.

D. Est. ¿Conmigo tanta franqueza?
Sim. Hago mucha confianza
de usted, señor Vilabella:
hay está con los papeles
que certifican las deudas.
Dexa unos papeles sobre la mesa, y se va por la puerta de la derecha.
D. Est. ¡Ah ociosidad! ¡quántos daños
Mirando los papeles.
á los hombres acarréas.
Esta es la resolucion
que se ha tomado en la Audiencia.
Dexa un papel, y toma otro.
¿Y esto qué será? veamos:
Lee. »Recibí para una urgencia
»la cantidad de mil libras
»que pagaré en vista de ésta,
»cumplidos quarenta dias,
»contados desde la fecha.
Repr. Mas de quatro meses hace
que está pendiente esta deuda.
Sale D. Pablo por la puerta del medio con gambeto (ó capote catalan) metidos los brazos en las mangas, cabellera blanca sin rizos, un gorro fino de colores encima; y trae en la mano el sombrero, que dexa sabre una silla. D. Estevan abre el caxon de la mesa, saca unos papeles, y escribe en uno de ellos, mirando los que ha dexado Simon.
D. Pab. Hijo ¿no he de poder nunca
conseguir que me obedezcas?
¿Ni en los dias de descanso
has de dexar las faenas?
¿Qué haces ahora?
D. Est. Repasar
unas quantas deudas nuevas
que ha contraido Silvestre
en la Ciudad de Cervera.
Con darle usted barro á mano,
y dexarle á rienda suelta,
hemos logrado que siga
en sus costumbres perversas.
D. Pab. Porque veas que tu hermano
piensa ya de otra manera,
ahora en mi misma alcoba
le acabo de dar licencia
para entrarse Religioso
y dexarte á tí su hacienda.
D. Est. Como él sepa que ha de holgar,
tendrá vocacion perfecta.
Sírvase usted de decirle
que hoy quiero darle mis cuentas;
que sus cosas me dan muchos
quebraderos de cabeza,
y no quiero de sus bienes
ni el valor de una lenteja.
D. Pab. ¿Pues no ves que de ese modo
te indispones y te estrellas
con tu hermano? ¿acaso ignoras
que yo debo mis riquezas
á su madre, y que la tuya
te ha criado á tí con ellas?
D. Est. Sé, Padre que hemos nacido
los dos de Madres diversas,
rica la suya, y la mia
constituida en pobreza;
pero las dos nos han dado
educacion tan opuesta,
que yo de pobre soy rico,
y él de rico está en miseria.
D. Pab. ¡Miseria Silvestre!
D. Est. Sí:
luego verá usted las cuentas,
y tambien verá un Ministro
que ha llegado de Cervera,
para ponerle en la carcel.
D. Pab. ¿Qué dices?
D. Est. Dando ochocientas
libras antes de la noche,
quedará la cosa quieta.
D. Pab. Eso no será dificil,
lo que importa es que tú cedas
de tu genio, que recibas
hoy de tu hermano la herencia;
y que vivas como viven
las personas de tu esfera,
dexándote de labores
propias de gente plebeya.
D. Est. Hasta ahora, padre mio,
las debo mi subsistencia,
y tengo por imposible
dexarlas hasta que muera,
que es muy picaro ó muy necio,
el hombre que vive á expensas

del trabajo de los otros.
D. Pab. Para que no te suceda
eso á tí, tengo resuelto
darte una esposa muy bella,
muy noble y muy poderosa.
D. Est. ¿Quién es esa?
D. Pab. La Vicenta;
ya sabes que no hay en Vique
hermosura mas perfecta;
yo he sabido que te ama:
su viuda madre desea
que elija novio á su gusto,
con que la cosa está hecha.
D. Est. Yo, padre, á esa señorita,
aunque es de elevadas prendas,
no la he tratado bastante
para que así me resuelva
á formar con ella un lazo
que solo la muerte suelta.
D. Pab. ¿Ignoras la educacion
que se ha dado á la Vicenta?
D. Est. ¿Y usted sabe por ventura
si se aprovechará de ella?
Si con ella he de casarme
disponga usted que se venga
á vivir á Olot, y entonces
viéndola con mas freqüencia
puede ser que el trato incline
mi corazon á quererla.
D. Pab. Voy á enviar una posta
con la mayor diligencia
á Vique; oye, con tu hermano
tengamos en paz la fiesta,
ya ves que siendo él mayor
es fuerza que le obedezcas.
Toma el sombrero, y se va por la puerta de la derecha.
D. Est. Será así, como no piense
en que dexe mis faenas.
Recoge los papeles que le dió Simon, guarda uno en un bolsillo de la chupa, metiendo los otros en el caxon, y sale por la puerta de la derecha Blas con una pieza de estameña.
Blas. Señor Maestro.
D. Est. ¿Qué hay, Blas?
Blas. Aquí traigo la estameña;
pero con muchos defectos.
La echa en un rincon del teatro.
D. Est. Amigo, aunque muchos tenga,
es la primera que haces,
y merecen indulgencia;
sigue trabajando, y toma *le dá una*
un doblon en recompensa (*moneda.*
del honrado proceder
y la aplicacion que muestras,
pues del telar no te apartas
hoy que están todos de huelga.
Blas. Solo usted puede haber hecho
que yo perdone la ofensa
del capon que aquí me traxo
á dexarme á la inclemencia.
D. Est. En eso te hizo Don Juan
mas favor del que tú piensas.
Blas. ¡Favor!
D. Est. Y de los mayores.
Blas. Si querrá usted que agradezca
al tal niño el encaxarme
unas ciento y nueve leguas
lejos de Madrid, y el verme
expuesto á tomar la ortera
en esta Villa, sabiendo
que los naturales de ella
quando un sano va á la sopa
le tiran tronchos de verza.
D. Est. Al resolverse Don Juan
á quedarse en esta tierra,
Saca un bolsillo del caxon de la mesa.
quiso darte este bolsillo
para que á Madrid volvieras,
y viendo la proporcion
que hay aquí de que ser puedas
hombre útil, me pidió
te inclinase á mis tareas,
fingiendo te abandonaba
por tu propia conveniencia.
Blas. Ya sabe el tal Madrileño
donde el zapato le aprieta,
si entonces pillo el bolsillo
la fábrica no me pesca.
D. Est. No puede ignorar Don Juan
lo que la experiencia enseña.
Blas. ¿Qué enseña?
D. Est. Que los ociosos
muy rara vez se sujetan
sino á la necesidad.

Blas. Tal aguijonéa ella.
D. Est. Pues hasta que texas bien
no te entrego esta moneda.
Encierra el bolsillo en el caxon, y se guarda la llave en la faltriquera.
Blas. Señor, no sea algun chasco.
D Est. No: tres onzas de oro encierra.
Blas. ¡Yo con oficio y dinero!
vaya al diantre la librea.
Quítase la casaca y la chupa, y las arroja en el rincon en que está la estameña.
D. Est. ¿Por qué haces esa locura?
Blas. Porque quiero ropa nueva
mas honrada ya que tengo
con el doblon para ella;
y porque voy á aplicarme
dia y noche quanto pueda,
para que antes que se rompa
sepan texer mis muñecas
todo quanto necesito.
D. Est. Mereces, Blas, que te ofrezca
mi mejor vestido: toma.
Blas. Señor, yo....
Sirve Don Estevan el vestido que está sobre la silla á Blas, y le abraza, al mismo tiempo va á salir por la puerta del medio Don Silvestre con sotana, manteo y sombrero de tres picos, y se queda suspenso.
D. Est. No te detengas,
vístete, y dame los brazos.
Blas. Agradezco....
Sale D. Silv. Bueno; aprieta. *gritando.*
D. Est. Hermano.... *con seriedad.*
D. Silv. No soy hermano *con enfado.*
de quien tan ruinmente piensa.
¡Un noble empañar el lustre
de su preclara ascendencia
con los inmundos rezagos
que las viles artes dexan!
D. Est. ¿Quién te ha llenado, Silvestre,
de tan silvestres ideas?
¿Viles llamas á las artes?
¿A la industria menosprecias,
quando no hay sin ella Estado
que tener pueda opulencia?
D. Silv. ¡Vaya, este hombre tiene ya
los cascos á la gineta.
La opulencia de un Estado
se cifra solo en que tenga
mucha plata y mucho oro,
para que en las concurrencias
se presenten los señores
con bordaduras de piedras,
con primorosas alhajas
y plumas en las guedexas.
D. Est. Y que en un capricho de esos
disipen todas las rentas,
que les rindan los afanes
de una poblacion entera,
para que el jugo español
vaya á manos extrangeras.
D. Silv. Acabemos; si al instante
no me despojas la tienda,
no me ha de quedar persona
ni títere con cabeza.
D. Est. Voy á obedecer á usted.
Anda, Blas, y dí que vengan
á desarmar los telares.
Blas. ¿Con que esto va ya de veras?
Don Estevan, yo no sé
como usted tiene paciencia.
Vase por la derecha.
D. Silv. Ni yo como no te arranco
todos los dientes y muelas.
Vase tras de Blas.
D. Est. ¡Vaya que del Religioso
edifica la modestia!
Cada dia extraño mas
la notable diferencia
que hay de mi hermano á Don Juan,
siendo este de edad tan tierna,
y criado allá en Madrid,
donde la distraccion reyna,
siempre está tan ocupado
que no sé quando sosiega.
Llamando á la puerta de la izquierda.
¿Don Juan, llegará la hora
de dar fin á la taréa?
Abre Doña Cecilia la puerta de la izquierda, y se dexa ver vestida y peynada honestamente al uso de Madrid; pero la tela del vestido debe ser nueva, extraña y de buen gusto.
Doña Cec. Si señor; aquí estoy yá.

D.

D. Est. ¿ Qué transformacion es esta?
Muy sorprehendido.
¡ Tal trage dentro mi casa!
Doña Cec. No extraño que se sorpre-
usted. (henda
D. Est. ¡ El es!... sí.... su voz,...
Mirándola con mucha atencion.
Don Juan, qué rara extrañeza....
Doña Cec. No soy Don Juan, soy muger.
D. Est. ¡ Muger !
Doña Cec. Asi no lo fuera.
D. Est. ¡Usted muger!
Doña Cec. Sí ; y la mas
desdichada de la tierra.
D. Est. ¿Por qué?
Doña Cec. Porque el cruel hado
su rigor todo en mí emplea.
D. Est. ¿ Puede usted ser desgraciada
con tal virtud y belleza?
Sáqueme usted ya de dudas.
Doña Cec. ¿Hay quien escucharnos pue-
D. Est. Por aquí todo está solo. (da?
Doña Cec. Asegure usted la puerta.
Cierra Don Estevan la puerta de la derecha.
D. Est. Ya, Señora, asegurada
está, y mi atencion suspensa.
Sale Doña Cec. Amigo, yo soy Cecilia
de Aragon y Palenzuela:
mi patria es Madrid : crieme
al lado de una maestra,
cuyo conato era darme
la educacion mas perfecta;
pero al cumplir doce años
me dexó la muerte fiera
huérfana de padre y madre,
baxo el poder ó tutela
de una tia, cuya casa
se veia siempre llena
de mozuelos disolutos
y perjudiciales grescas.
Roguéla sumisamente
me señalase una pieza
donde poder retirada
hilar y texer mis telas;
y esto la irritó de modo
que me subió con violencia
á una guardilla, diciendo
que allí me daba vivienda:
que trabajase, y jamás
pensase en volver á verla.
D. Est. ¿Y era esa muger christiana?
No he oido accion mas perversa:
siga usted.
Doña Cec. Como tenia
yo toda mi atencion puesta
en imitar las labores
de las ropas extrangeras,
dí al olvido sus enconos
y tomé la lazandera.
De modo que en cinco años
adquirí una buena renta
y el apreciable renombre
de Industriosa Madrileña;
pero como la fortuna
jamás estable se muestra,
hizo que pusiese en mí
los ojos un Marques, que era
el ídolo en quien mi tia
tenia sus complacencias,
cosa que ignoraba yo
hasta una noche funesta,
en que furiosa de zelos,
poniéndole en mi presencia,
me dixo : *el señor Marques*
pretende hacerte Marquesa,
y le traygo para que
tan alto honor le agradezcas,
que yo tambien vóy á darle
la debida recompensa
del infiel procedimiento
con que paga mis finezas,
y levantando un puñal
le asesinó.
D. Est. Conseqüencias
de la ociosidad ; no puede
guiar nunca á cosa buena.
Doña Cec. Cayó el Marques a mis plan-
(tas,
y la homicida sangrienta,
haciendo fuga, me dixo:
pues tú eres de esta tragedia
la causa, justo es, Cecilia,
que pagues toda la pena.
Quedé sola, y recelando
que una muger tan violenta
atribuyese quizá

su

su delito á mi inocencia,
tomé la resolucion
de mudar de vestimenta,
y buscar seguro asilo
en el confin de la tierra.
El ama que me dió el pecho,
que es en Madrid posadera
me ajustó cuche y criado
con la mayor ligereza,
dándome aquel pasaporte,
que era de un D. Juan de Illescas.
Llegué al meson de esta Villa,
y sabiendo las ideas
patrióticas de usted
quise admirarlas de cerca:
tres meses ha que entré en casa;
y apenas puse el pie en ella
empecé á experimentar
los rasgos de su franqueza.

D. Est. Señora, esas digresiones
son superfluas y molestas;
al caso.

Doña Cec. Como despues
han sido nuestras ideas
tan conformes, pensó usted
en hacerlas duraderas
formando la compañia
conmigo, y esta gran prueba
de amistad produxo en mí
una sensacion tan tierna,
que me animó á descubrirme:
concluí luego esta tela:
mostrando la del vestido.
me oculté en ese aposento,
señalando la puerta de la izquierda.
y con increible priesa,
he cortado y he cosido
todas estas vagatelas,
para presentarme á usted
vestida á la Madrileña,
y suplicarle me otorgue
la mayor de sus finezas.

D. Est. ¡Amable, infeliz señora, (sa!
me ha hecho usted muy grande ofen-
¡ocultar cosa tan grave
tanto tiempo!...

Doña Cec. ¡Ah! la vergüenza!...

D. Est. ¡Vergüenza, viendo el afecto
que á usted mi pecho profesa!
¿Qué pretende usted de mí?

Doña Cec. Que pues vienen á la feria
franceses amigos suyos,
les pida me favorezcan
resguardando en el camino
mi persona: estoy resuelta
á pasarme luego á Francia,
porque mi alma no sosiega
hasta saber qué se ha hecho
de mi tía.

D. Est. La inocencia
de usted se habrá declarado
ya en Madrid, y así no tema,
que no nos faltarán medios
por donde todo se sepa.

Doña Cec. Si usted ofrece ampararme
ningun riesgo me amedrenta.

D. Est. Todo soy de usted, señora;
con esta agradable nueva
me contemplo el mas feliz
de los hombres, y aunque intenta
mi padre darme otra esposa....

Dentro Blas llamando á la puerta de la derecha.

Blas. Abran al punto esta puerta.

D. Est. Entrese usted en su quarto,
y procure estar serena.

Vase Doña Cecilia por la puerta de la izquierda, y en cerrándola abre Don Estevan la de la derecha, y sale Blas muy alegre.

Blas. Vengo á darle de la Usia
á Usia la enhorabuena;
y así, que Usia disfrute
la Usia edades eternas.

D. Est. ¿Quando creí que mi hermano
te quebraba un brazo ó pierna,
entras en casa con tanta
serenidad y chufleta?

Blas. Los arcanos del Altísimo
nadie á comprehenderlos llega.

D. Est. Pues ¿qué hay?

Blas. Que D. Silvestre
me siguió como una fiera
hasta el medio de la plaza.
Hicimos palestra de ella:
nos encrespamos los dos;

y en esto se nos presenta
un hombre á quien todos hacen
cortesia y reverencia.
Enteróse del asunto,
y dió tan buena fraterna
al fraterno Licenciado,
que yo dudo que se vuelva
á meter jamas en nada
que á las Artes pertenezca.

D. Est. ¿Y quién es el caballero
que ha tomado tu defensa?

Blas. Un señor que ha de venir
á traer cierta cosuela,
que siendo Usía galan
le viene á Usía de perlas.

D. Est. Responde á lo que pregunto.

Blas. ¿No fuera cosa muy necia,
quando ya su bizarria
entrando va por la puerta?
Es el mas digno Ministro
de la Catalana Audiencia.

Sale por la puerta de la derecha Don Prudencio vestido de gala, con la Cruz de la Orden de Carlos III. en el pecho, y detras su page con un canastillo cubierto, en que trae un vestido nuevo bordado, y otra Cruz tambien de la Orden de Carlos III.

D. Est. ¡Mi Protector! ¡D. Prudencio!

D. Prud. A Dios, Señor Vilabella.

D. Est. Bien venido sea Usía.

D.Prud. Déxate sobre la mesa *á su page.*
ese canastillo, y vete.

Vase el page por la derecha haciendo cortesia.

Hazme tú la diligencia *á Blas.*
de buscar los jornaleros,
y decirles que se vengan
para llevar los telares.

Blas. ¿Adónde?

D. Prud. A las anchurosas piezas
que el Señor de Besalú
en su palacio franquea.

D. Est. Soy de parecer que aquellos
cuyas manos son ya diestras,
y que para texer bien
no han menester mi presencia,
se les permita llevar
el suyo á sus casas mesmas,
que así aprovechando parte
de las dos horas que emplean
en las idas y venidas,
de la comida y merienda,
podrán grangear los pobres
algo mas.

D. Prud. Muy buena idéa.

D. Est. Llévales, Blas, la noticia.
vasa Blas por la derecha.

D. Prud. Pues se hacen ya buenas medias)
es preciso adelantemos
nuestra deseada empresa
de que sa texan aquí
las muchas y varias telas
que para ropa interior
nos introducen de fuera.

D. Est. ¡Ah señor! permita Usía
que con la rodilla en tierra
le adelante aquellas gracias
que le darán con freqüencia
las infelices personas
que hoy devora la miseria
y han de hallar en esa industria
razonable subsistencia.

D. Prud. Si todos los Españoles
mirasen de la manera
que usted por el bien comun,
en ellos se refundieran
los tesoros de las Indias,
que aun pasan como agua en cesta
por nuestras manos á dar
fomento á las extrangeras;
y así vayan adelante
esas loables taréas,
dignas de hombres bien nacidos,
á pesar de los que siembran
la máxîma de que el oro
ganado en esas faenas
con su brillantez desdora
la mas antigua nobleza.
Pues los necios presuntuosos
que extienden tales ideas
suelen llegar con el tiempo
á ser el escarnio y befa
de los pueblos, quando el hombre
aplicado se grangea
las bendiciones de todos

y abundancia de riquezas.
Deme usted ahora un abrazo;
y para que el mundo sepa
como nuestro Rey distingue
los vasallos que fomentan
la industria....

Descubre el canastillo de modo que se vea el vestido y la Cruz sobre él, y D. Estevan dice con prontitud y admiracion.

D. Est. ¡Señor! ¿qué es eso?
D. Prud. Una justa recompensa
de los hombres que procuran
avivar las manos muertas.

Toma el vestido, guardándose la Cruz en un bolsillo, dexa los calzones sobre una silla, y sirve la casaca y la chupa á D. Estevan, diciendo:

Al ver que usted distribuye
sus vestidos, con la idea
de animar la aplicacion
y desterrar la pereza,
quiero servirle esta gala,
porque no es decente esa
para una funcion....
D. Est. Señor,
yo jamas asisto á ellas.
D. Prud. A la que hoy tengo es preciso
asistir con gala puesta.
D. Est. ¡Señor, tantas distinciones!
D. Prud. Las mias son muy pequeñas,
las que hacen los Soberanos
si que el el espíritu elevan:
vea usted que orden tiene
el Regente de la Audiencia.

Da un papel á D. Estevan, este le lee y se le ven saltar las lágrimas de gozo.

Lee D. Est. *Se han exâminado los documentos pertenecientes á los méritos contrahidos en el adelantamiento de la Industria de la Villa de Olot por D. Estevan Vilabella, y en atencion á ellos, y á la virtud y nobleza de ese laborioso vasallo, quiere el Rey que Usía disponga inmediatamente se le condecore con esa Cruz pensionada de la Orden de Carlos III, dispensándole S. M. las pruebas, por no causarle dispendios; y de haberlo executado me dará aviso.*

Devuelve el papel á D. Prudencio, y dice representando:

¡Llegó á su colmo mi dicha!
¡Hoy el gozo me enagena;
¿Cómo podré agradecer
tan exquisitas y nuevas
honras como me hace
la Soberana clemancia,
y la gran bondad de Usia?
D. Prud. Prosiguiendo en la carrera
empezada.
D. Est. Yo prometo
que antes que desmaye en ella
perderé el sosiego y vida.
D. Prud. Gustoso admito la oferta.
Para cumplir esta tarde
con lo que el Monarca ordena
con otros dos Caballeros
pasarémos á la Iglesia:
recibirá usted la Cruz,
y despues se hará completa
la funcion si usted conviene
en cumplir una promesa.
D. Est. ¿Qué promesa?
D. Prud. ¿No hace un año
que estuvo usted en Cervera?
D. Est. Si señor; pero yo allí
fuí solo á pagar las deudas
de mi hermano.
D. Prud. Ya; y tambien
tuvo usted una flaqueza
como hombre; pero estas cosas
con casarse se remedian.
D. Est. Será sin duda calumnia
que atribuirme alguno intenta.
D. Prud. Acabo de ver, yo mismo,
una firma cuya letra
y rúbrica son de usted.
D. Est. No serán de esa materia.
D. Prud. A bien que presto saldrémos
de la duda.

Dentro Blas por la derecha.

Blas. Ande la gresca.

Suenan dentro por la derecha muchos golpes como de desarmar telares, que duran hasta el fin del Acto.

Voces por la derecha.

Vivan nuestros bien hechores.

Sale Blas. Que vivan, coman y beban.
Ya está, señor, la quadrilla
enterita y verdadera
desarmando los telares
con no vista ligereza. (*Est.*
Pues va siendo usted ya Usía *á Don*
repito la enhorabuena.

D. Prud. Muy presto hallaste los mozos.

Blas. Como hoy celebran la fiesta
del Santo Patron del barrio
estaban con sus Marietas
luciendo en el *contrapas*
los brincos y zapatetas.

D. Prud. Yo haré que tales funciones
al Domingo se transfieran,
sin bayles ni comilonas,
causa de otras indecencias.

Blas. Pero tampoco ha de estarse
siempre el hombre como rueda
de molino, ha de tener
algunos dias de holgueta.

D. Prud. Y que perdiendo jornales
malgaste lo que no tenga.
Hoy mismo sobre este punto
dispondré lo que convenga.
causando un gran beneficio
á los pobres y á la Iglesia.

Da una palmada sobre el hombro á D. Estevan, y le dice cariñosamente.

A Dios, amigo, yo espero
que luego que usted se vea
cruzado se casará.

D. Est. Seria así si tuviera
contrahido algun empeño.

D. Prud. Hay el papel, y otra prenda,
que impone á usted para el caso
la obligacion mas estrecha:
Véngase Blas á buscarla,
que apenas vuelva con ella,
yo sé que pensará usted
de muy distinta manera.

Vase por la derecha siguiéndole Blas.

D. Est. ¡Qué embolismo!... pero yo
¿tengo acaso por qué tema?

Llama á la puerta de la izquierda.

Señora.

Sale Doña Cecilia, y se queda admirada de verle vestido de gala.

D. Cec. ¡Qué es lo que veo!

D. Est. Salga usted.

D. Cec. ¿Qué gala es esa?

D. Est. Esta gala y la que usted
tiene hoy por fortuna puesta,
nos anuncian el principio
de la mayor dicha nuestra:
Sí, admirable Mantuana:
¡Qué bella es usted!

D. Cec. ¡Yo bella!

D. Est. Y juiciosa: pocas veces
hermana naturaleza
dos tan grandes qualidades.

D. Cec. ¿Tambien usted lisonjea?

D. Est. ¡Lisonjas yo! hoy quiere el ciel•
que en fino amor se conviera
la amistad que nuestras almas
mutuamente se profesan.

D. Cec. ¡Fino amor!..¡cómo!..¿és posibl•
con gran sobresalto.
que usted tal cosa profiera?
¿Quando creí verme libre
ya de un riesgo, otro me cerca?

D. Est. Será, acaso, en mí delito
el que ame á usted y la quiera
para esposa? (*tacion.*

D. Cec. ¡Oh Dios! ¿qué es esto? *con agi-*
¿Qué ardor corre por mis venas?

D. Est. ¿Mi proposicion, nacida
de una pasion verdadera,
puede dar á usted disgusto?

D. Cec. Antes de gozo me llena;
pero ¿sin averiguar
quien sea esta aventurera
podrá usted darla su mano
de esposo?

D. Est. Y tambien con ella
ofrecerla el alvedrio,
basta, Señora, que sepa,
que una jóven que ha ocultado
su sexô de esa manera,
que sabe tantas labores,
y vive con tal modestia,

no puede menos de ser
discreta, humilde y honesta.
¿Será usted al fin mi esposa?
D.Cec. Con toda el alma lo fuera
si tantos inconvenientes
á ello no se opusieran.
D. Est. ¿Quáles son esos, Señora?
D.Cec. El serme mi estrella adversa,
no saber qual es mi suerte,
y el que segun usted cuenta
está empeñado con otra.
D. Est. Es una boda propuesta
por mi padre, pero aun falta
el que yo consienta en ella;
y no llegará, lo afirmo,
jamás el caso que quiera
yo á otra muger alguna
si usted mi mano desprecia.
D.Cec. Esa, Don Estevan mio,
es resolucion muy ciega.
D. Est. Mire usted que mi fortuna
pende de la diligencia,
y si usted quiere ser mia,
es fuerza que se resuelva
á salir conmigo ahora.
D. Cec. ¡Salir yo así? ¡qué demencia!
D.Est. Mi padre es, Señora, un hombre
muy tenaz en sus ideas,
y quando piensa una cosa
no hay quien le disuada de ella,
no hace mucho que tambien
un Ministro de la Audiencia
me ha dicho que hay cierta firma
mia con una promesa
de casamiento, ella es falsa
desde la cruz á la fecha;
pero podrán facilmente
suspender nuestras ideas,
si á dar no vamos los pasos
con la mayor ligereza:
venga usted.
D. Cec. ¿Adónde?
D. Est. A ver
lo que el Párroco aconseja,
y si, como yo lo creo,
favorable se nos muestra,
el mercader de Gerona,
que en mis dichas se interesa,
se halla aquí á ver repartir
los premios de nuestra escuela
de dibuxo, y obtendrá
al momento la licencia
de casarnos. Esta union
sin duda el Cielo la ordena;
vamos.
D. Cec. ¿Cómo he de salir
por Olot de esta manera?
D. Est. La casa del señor Cura
está, Señora, muy cerca,
y la gente de este barrio
está baylando en su fiesta.
D. Cic. ¿Y si me ven los que dan
esos golpes en la tienda?
D. Est. Esos reparos se quitan
saliendo por la otra puerta.
D. Cec Pero ignorando quien soy...
D. Est. ¿No tiene usted sus carteras?
D. Cec. Si señor.
D. Est. Pues lo demas
Déxelo usted de mi cuenta.
D. Cec. Ya me hallo resuelta á todo.
D. Est. Pues vamos, amada prenda,
que si hoy por mi aplicacion
el Cielo me recompensa
con tan industriosa esposa
me aplicaré hasta que muera.
Vánse por la puerta del foro.

ACTO SEGUNDO.

Salen por la puerta del medio D. Silvestre con sotana, manteo y sombrero, y Simon como en el primer Acto, con los bolsillos y faltriqueras algo abultados, y unas llaves en la mano, que guarda luego.

Sim. Por fin ya está mi bandullo
bien prevenido, á Dios gracias:
vaya que ha sido fortuna
el que no nos tropezaran
al entrar.
D. Silv. Hombre, suceden
casualidades muy raras;
apuesto á que no han salido
jamas por la puerta falsa.

Sim.

Sim. Quizá será el primer dia
que D. Juan sale con faldas.
D. Silv. No fuera malo, Simon,
que se nos verificara
tu sospecha.
Sim. Es la sobrina
de la tia ajusticiada:
¿No has visto en ella las señas
que allá en Madrid nos contaban?
Pero pues ya he conseguido
matar á quien me mataba
y á mas, gracias á estas llaves,
tengo de plata y alhajas
bien llenas las faltriqueras,
voy á esperarte en la raya.
D. Silv. No temas que halle mi padre
tan presto de eso la falta:
luego que mi hermano tenga
mis cuentas finalizadas
y pueda sacarle el resto
emprenderémos la marcha.
Sim. ¡Oh! pues si esperas dinero
te aguardaré hasta mañana.
Mirando hácia la puerta de la derecha.
¿Es tu padre aquel?
D. Silv. Sí es:
hombre, por las cinco llagas
retírate no te vea.
Sim. ¿No es viejo de buena pasta?
Pues yo quiero hablar con él.
D. Silv. Por Dios no le digas nada
de nuestro viage á Madrid,
ni mi boda con Catanla.
Sale por la puerta do la derecha D. Pablo con muestras de mucho gusto.
D. Pab. Estevanillo....
D. Silv. Celebro
que llame usted con tan blanda
y meliflua voz al hombre
que ilustra nuestra prosapia.
D. Pab. Le llamo así porque vengo
de prepararle una trampa
con cebo de moza y oro.
Sim. No es muy dificil que caiga.
D. Silv. ¿Y á qué se dirige, padre,
esa trampantoja armada?
D. Pab. A ver presto las ideas
de D. Prudencio frustradas.
D. Silv. ¿De D. Prudencio? Me alegro,
porque le tengo gran rabia.
¿Pues no se ha puesto á decir
con alta voz en la plaza,
delante de mil personas,
que con caxas destempladas
me desterrará de Olot?
D. Pab. ¡Aquí el Juez!
D. Silv. Si no me engañan
mis ojos y mis oidos.
D. Pab. ¡Sin avisar! cosa extraña.
D. Silv. Vendrá á la Villa á negocios
de grandísima importancia;
traer, verbi gracia, á Estevan
un gran vestido de gala,
para que esté mas finchado
que un fidalgo de Braganza.
D. Pab. ¿Qué dices? ¿y dónde está
tu hermano?
D. Silv. Salió de casa
apenas yo entré.
D. Pab. ¿Y no dixo
adónde se encaminaba?
D. Silv. No señor: iba con él
una muy linda muchacha.
D. Pab. ¡Muchacha!
D. Silv. Sí, aquel D. Juan
que dice usted que trabaja
aquí.
D. Pab. ¿Es muger?
Sim. Como hay viñas.
D. Pab. ¿Accion tan torpe y villana
puede creerse de Estevan?
Sim. Donde no se piensa salta
la liebre.
D. Pab. Por eso hoy
cierta boda rehusaba.
D. Silv. Le tendrá la Madrileña
las potencias embargadas.
Sim. ¿Madrileña es? pues á Dios,
no doy por él una blanca.
D. Pab. ¿Y quién es usted?
Sim. ¿Quién yo?
el mas fino camarada
de mi Señor Don Silvestre.
D. Pab. ¡Si será usted el que acaba
de llegar hoy de Cervera!
Sim. Hoy ha sido mi llegada.

D. Pab. ¿Y dice usted que es amigo
de Silvestre? ¡Qué falacia!

Sim. ¡Falacia quando en mí tiene
todo quanto le hace falta!
D. Pablo, yo soy un hombre
que pasa á viajar á Francia,
y ha venido solo á ver
si Silvestre le acompaña.

D. Pab. Presumí que era un ministro
que viene de mano armada....

D. Silv. ¿De Cervera?

D. Pab. De Cervera.

D. Silv. ¿Y á qué viene?

D. Pab. A pataratas;
á que se le dé el importe
de tus deudas.

Sim. Pues pagarlas;
porque el tal comisionado
es un perillan de marca:
le conozco como á mí:
son sus travesuras tantas
que le llaman *non plus ultra*
de los enredos y trampas.

D. Pab. Agradezco esas noticias.

Sim. No hay que detenerle.

D. Pab. Nada;
á unos pícaros así
ni aun verlos quiero la cara.

Sim. Yo me encargo, si usted gusta,
de despacharle.

D. Pab. En la plaza
vive un mercader que debe
entregarme cierta plata,
y luego iremos allá.

Sim. Está bien.

D. Pab. Pues me depara
el Cielo dos estudiantes....

Sim. De la gramática parda.

D. Pab. Discurrirémos un medio
para descubrir con maña
quién es esta aventurera
que se ha introducido en casa.

D. Silv. Los dos sabemos su historia.

Sim. Y ahora va usté á escucharla,
porque ella viene; á escondernos,
que con una idea rara
voy á hacer que se descubra
ella misma, aprisa, vaya.

Entranse los tres por la puerta de la derecha, y asoman por la del medio Don Estevan y Doña Cecilia.

D. Est. Pues que ya, Señora, quedan
nuestras cosas entabladas,
y usted segura, me vuelvo,
porque á esta hora me llaman
dos negocios que me son
de grandísima importancia.

Doña Cec. Vaya usted en buen hora:
cuidado con la tardanza.

D. Est. Esa para un fino amante
es prevencion escusada.

Retírase Don Estevan de la puerta del medio adentro, y sale Doña Cecilia encaminándose á la de la izquierda diciendo entre sí.

Doña Cec. ¡Válgame Dios! me parece
que es sueño quanto hoy me pasa,
¡casarme yo aquí en Olot!
¡Qué hombre tan de bien!

Sale Simon por la derecha.

Sim. ¡Paysana!

Doña Cec. ¿Yo paysana de usted?

Sim. Sí:
Madrid es tambien mi patria.

Doña Cec. ¿Y cómo está en esta Villa?

Sim. Por causa de una desgracia.
Yo serví en Madrid, Señora,
al Marques de la Muralla....

Doña Cecilia sobresaltada, y afectando disimulo.

Doña Cec. ¿De la Muralla?

Sim. Al nombrarle *llorando.*
las lágrimas se me saltan.

Dent. D. Silv. Que bien finge el picaron:
ya sé lo que intenta.

Dent. D. Pab. Calla.

Sim. El Señor Marques mi amo,
diariamente freqüentaba
la casa de una señora
de aquellas que no reparan
en que su honor se baldone
por tabernas y por plazas;
pero de su amor cansado,
que tales amores cansan,
se inclinó á una sobrinita
que la tal tenia en casa,

S'

segun decian, prudente,
ingeniosa y aplicada;
pero dió muy malas pruebas
de tan buenas circunstancias,
porque una noche ayudó
á coserle á puñaladas
Doña Cec. Algo entreoí de ese lance
tan atroz, y me alegrara
de saber si esas mugeres
han sido ya castigadas.

Hace Simon disimuladamente señas á Don Silvestre que salga.

Sim. Como no hay cosa que vuele
mas que una noticia infausta,
la tragedia de mi amo
llegó á mí al romper del alva,
y sabiendo que querian
prenderme tomé la rauta,
sin esperar á saber
las resultas de la causa.
Sale D. Silv. De pe á pa las sé yo.
Doña Cec. y Sim. ¡Usted!
D. Silv. En Madrid me hallaba
quando llevaron la tia,
con túnica negra y ancha,
Aquí se inmuta Doña Cecilia.
caballera en una mula
á un tablado de la plaza,
donde la apretó el verdugo
un tornillo á la garganta.
Aquí se apoya Doña Cecilia en alguna silla ó en la mesa.
Sim. Sin duda que tiene usted
de pedernal las entrañas:
¿pueden contarse esas cosas
en tono de bufonada?
Doña Cec. ¿Qué se hizo de la sobrina?
D. Silv. Bien cerca está, truchimana
¿de qué sirve el disimulo
quando él mismo nos declara
que es usted?
Doña Cec. ¡Yo! ¡qué malicia!
D. Silv. Haga usted mas confianza
de los dos, y mire usted
que la quiero unas migajas.
Doña Cec. ¿Qué profiere usted? ¡Dios (mio!
todas las fuerzas me faltan.

Cae desmayada en una silla, Don Silvestre se acerca á sostenerla, sale Don Pablo, y Simon le dice.

Sim. ¿Ha sabido usted quién es?
D. Pab. Tratemos de retirarla.

Don Pablo y Simon llevan á Doña Cecilia por la izquierda, y queda Don Silvestre solo.

D. Silv. Bonitas cosquillas me hace
el duende de la rapaza,
si Catalina se fuese
del tabardillo á la patria
celestial, en el momento
sin mas ver me la calzaba.
Sale Simon por la izquierda.
Silvestre ¡y bien!
D. Silv. ¡Ah Simon!
has descubierto una alhaja.
Sim. Pues mira si me la obsequias
con la mayor eficacia.
Tú has dicho infinitas veces
que si por dicha enviudaras,
antes de enterrar la una
tendrias otra buscada;
con que así, si se muriese
tu muger y agazaparas
esta otra, dí, ¿qué harias?
D. Silv. Me parece que baylara
de contento.
Sim. Pues amigo
tu muger ya está enterrada.
D. Silv. ¿De veras?
Sim. Tu padre sale.
Sale D. Pab. Mientras sosiega dexadla,
que al instante volveré
á disponer que se vaya.
Vase por la derecha.
D. Silv. Simon, ¿con que en fin murió
Catalina? *llorando.*
Sim. En paz descansa
la que te dió tanta guerra.
¿Y á qué viene ahora llorarla,
quando tienes la fortuna
á las puertas de tu casa?
D. Silv. ¿Ha muerto tambien el niño?
Sim. Lo mismo está que una plata:
para darte ese consuelo
le he traido con un ama.

D. Silv. ¿Y si esta huele que soy
viudo y que tengo arracada?
Sim. Bien digo yo, Don Silvestre,
que aun no sabes con quien tratas.
Anímate, que ya tengo
dispuesta cierta maraña
que ha de sudar Don Estevan
si quiere desenredarla.
El señor Batlle á estas horas
le habrá mostrado unas cartas
que han de levantarle en peso
por lo que ellas le levantan.
Tú verás como hoy pregona
por este pueblo la fama
que es padre de tu chiquillo.
D. Silv. Si eso se verificara....
Sim. Don Silvestre, importa mucho
no gastar pólvora en salvas:
¿Si habrá dentro del caxon
alguna moneda rancia?
Abre el caxon con las llaves, saca el bolsillo de Blas, y vuelve á cerrar.
¡En efecto; es amarilla!
D. Silv. No hagas mas barrabasadas,
mira que ahí es justamente
donde el Fabricante guarda
sus cosas, y cada instante....
Sim. ¿Abre, cierra, mete y saca?
El que no expone su vientre
á un asiento, nunca se harta.
Luego que la Madrileña
vuelva en sí empieza á sitiarla,
porque ella ha de ser el iris
de todas nuestras borrascas.
D. Silv. No es, amigo, esa fortuna
para mí.
Sim. ¿Cómo no? guarda
secreto en las demas cosas
ocurridas en su causa,
que como siga creyendo
que la tienen por culpada
en la muerte del Marques,
puedes tener esperanza.
Las empresas no se logran,
Silvestre, sin intentarlas.
D. Silv. ¿No será bueno que padre
la obligue á pasarse á Francia,
y con eso en el camino
podremos catequizarla?
Sim. Para eso es menester
que tengamos preparadas
las cosas: ven dispondrémos
que un mozo lleve tu jaca
y un macho fuera de Olot,
y que sirva de atalaya
mientras que los dos volvemos
como liebre que la alcanzan,
tú á obligarla que nos siga,
si no por buenas, por malas,
y yo á ver si tu buen padre
y tu hermano me dan plata.
D. Silv. Pues vamos, amigo apriesa.
Sim. Ten paciencia, que nos falta
llevar un par de maletas,
para que no se nos vaya.
Vase por la puerta de la izquierda.
D. Silv. Si ella llega á ser mi esposa
se han de poner luminarias,
y ha de haber grandes parejas
al son de tambor y gayta.
Sale Simon por la izquierda con dos maletas llenas y cerradas.
Sim. Vamos, Silvestre, y confia.
D. Silv. Si hoy la fortuna me ampara,
hemos de vivir los dos....
Sim. ¿Qué?
D. Silv. Lo mismo que Patriarcas.
Vanse los dos por la puerta del medio llevándose las maletas, y sale por la de la izquierda Doña Cecilia con muestras de grande afliccion.
Doña Cec. ¡Quién habrá entrado en mi quarto!
pero sola está la sala.
¡Oh Dios! ni se donde estoy
ni comprehendo qué me pasa.
Ya en Olot no estoy segura;
si aquí mi Estevan se hallara....
Sale Blas por la puerta de la derecha con un niño de tres ó quatro meses, Doña Cecilia hace ademan de irse; pero al oir á Blas se detiene.
Blas. Válgate Dios por muñeco.
Señora ¿es usted el ama
que ha traido este?...
Doña Cec. ¡Blas mio!
Blas. ¡Señor! ¡cómo! ¿usted con faldas?

Vaya, vaya, mis malicias
no fueron tan infundadas.

Doña Cec. ¿Malicias usted?

Blas. Algunas;
aquel recatar la cara
de todos, el encerrarse
al llegar á las posadas,
y el no querer salir de ellas
quando no habia comparsa,
hágame usted el favor
de decirme ¿no indiciaba
ser usted cobarde, rico
ó niña de filigrana?

Doña Cec. Dexe usted burlas y diga
¿de quién es tan delicada
criatura?

Blas. Del maestro.

Doña Cec. ¡Estevan!

Blas. Así lo canta
un papel con firma suya
que tiene el Juez en su casa.

Doña Cec. ¡Habrá muger en el mundo
á quien sigan mas desgracias!

Mira ácia la puerta de la derecha, y dice:

¡Qué veo! ¡Y un caballero
procede con tal infamia!

Sale Don Estevan muy gozoso por la puerta de la derecha con la Cruz de la Orden de Carlos III en el pecho, y espada en la cinta.

D. Est. Aunque no tengo, Señora,
enteramente evaquadas
las cosas, mi gran cariño
me obliga á noticiarla
que el Mercader de Gerona
me ha dado ya la palabra
de hacer que hoy mismo se vean
enlazadas nuestras almas.

Doña Cec. Yo habia de unirme á un hombre

Con enterneza y dignidad.

que falta á la mas sagrada
obligacion! ¡Yo ser el medio
para una accion tan bastarda!
¿Con qué odio me miraria
la infeliz y desdichada
madre de esa criatura?
¿Podrá usted abandonarla
quando la sangre de ambos
se mira ya vinculada
en la vida de ese niño?
Nó: cumpla usted su palabra.
Despósese usted con ella,
y vivan edades largas. *(enternecida.*

D. Est. Usted me pone, Señora,
un dogal á la garganta.
¡Yo deber á una muger
fineza tan extremada,
y pensar en recompensa
procurarla tanta infamia!
No soy tan vil, no, Cecilia,
á usted sola ha dado entrada
mi pecho, y sola á usted
rendirá obsequios mi alma.

Doña Cec. Señor, ¿es de caballeros
el negar cosas tan claras?
un papel, la firma, el niño....

D. Est. Todas tres son cosas falsas.

Doña. Cec. ¡Cosas falsas, quando á un Juez
se presentan por demanda!
¿Quándo una infeliz de usted
hoy su ventura esperaba,
¡qué horror! llega á descubrir
que mira usted su desgracia
como medio de lograr
una intencion depravada?...
Pero esa infame intencion
le saldria á usted muy vana,
que quien huyendo una afrenta
como yo la vida guarda,
daria tambien la vida
por no mirarse infamada.

D. Est. ¡En mí caber tal baxeza!
amable esposa....

Sale D. Pablo por la derecha.

D. Pab. ¡Qué acabas
de pronunciar!... ¡Tú esa esposa!
¿Cabe en tu pecho encerrada
tanta maldad? ¿Quando dices
que los hombres que trabajan
están exêntos de vicios,
y quando haces tanta gala
de la ocupacion, te vemos
con vida mas estragada
que á los mayores ociosos?
¿Quál de ellos tendrá engañadas á

á tres mugeres á un tiempo?
¿Por qué, dí, quando te hablaba
de Vicenta no me hiciste
patente quanto ocultabas,
y no hubiera dado en Vique
tan solemne campanada?
¿Qué dirán las dos señoras
sino que intentó burlarlas?
La madre de esa criatura
escriben que está en las ansias
de la muerte, y te suplica
que la cumplas la palabra.
Y pues ese niño es tuyo,
no quiero escrúpulos, marcha,
cásate, licencia tienes.

D. Est. No me es, padre, necesaria,
porque jamas he tenido
yo la voluntad ligada
sino con esta Señora,
Que es la que hoy reyna en mi alma.

D.Pab.¡Habrá tal atrevimiento! (*Cecilia*
Marche usted presto de casa. *á Doña*

D.Est. Doña Cecilia es mi esposa,
y hará lo que usted la manda;
mas siempre en mi compañia:
vamos, Señora.

D. Pab. Repara *con mucho enojo*
que soy quien soy, y te mando
que la dexes que se vaya.

D. Est. Témplese usted, padre mio,
porque una alma enamorada
quando á su objeto le tocan
ningun miramiento guarda.

D. Cec. Señor, aunque D. Estevan
todo mi afecto arrebata,
no ha de ser mio por medio
de ninguna accion villana:
como él deba unirse á otra
se unirá.

D. Est. Sí: confirmada
queda por mí esa promesa:
no se mueva usted de casa *á D.Cecil.*
mientras voy con padre y Blas
á ver si ese que me infama
con detraccion tan iniqua
osa ante mí sustentarla.

Vase por la derecha, siguiéndole Blas con el chiquillo.

D. Pab. Señora, quando mi hijo
no haya dado esa palabra,
tiene otro empeño; y así
disponga luego su marcha.

Vase por la derecha, y dice Doña Cecilia en voz alta como hablando con él.

D. Cecil. ¿Si ya sin mi amado Estevan
soy como un cuerpo sin alma,
si sin él no tendré gusto
para dedicarme á nada,
¿cómo he de partir? ¡Ah! lluevan
sobre mí quantas desgracias
previene á todo viviente
la tirana suerte infausta;
pero déxeme el consuelo
de vivir en esta casa.

Va á entrarse por la puerta de la izquierda, y D. Silvestre sale por la de la derecha diciendo.

D. Silv. ¡No es nada lo que he sabido!
A Dios, señora cuñada,
me doy mil enhorabuenas
de lograr en tí una hermana
tan bella y tan industriosa. (bla?

D.Cec. Señor, ¿qué es lo que usted ha-

D.Silv. ¿Buen pastel se ha descubierto!
No habia aquí mala danza!
Por fin, ma vale casarse
que abrasarse, ya no falta
sino echar aquí tu firma
para que la boda se haga
con rimbombante aparato.

D. Cec. ¡Cómo! ¿está ya declarada
la torpe, indigna impostura
que á Estevan acumulaban?

D. Silv. Sí, amiga, ya va mi padre
mas alegre que una pasqua
á disponer tu bodorrio:
Estevan tambien me manda
que te traiga esta escritura,
sacando un papel.
porque te sirvas de honrarla
con tu firma.

Doña Cec. ¡Si este hombre
maquinará alguna trama!
Aparte, levantando la vista al Cielo.

D. Silv. ¿De qué te quedas suspensa?

Si tienes desconfianza
lee el papel.

Doña Cecilia, aparte, tomando la pluma y sentándose junto á la mesa.

Doña Cec. Si es enredo,
le ha de salir á la cara.

D. Silvestre señalando con el dedo en el papel, de modo que se conozca que pone la mano con picardia delante de lo escrito para que ella no pueda leerlo.

D. Silv. Aquí has de poner la firma.

Doña Cec. Dios me dé acierto al echarla.

Firma, dobla inmediatamente el papel, se le entrega á D. Silvestre, y este le guarda.

D. Silv. Te le dá, pero tan grande,
que vas por ella á ser ama
de todo quanto poseo.

Doña Cec. Fineza tan extremada
me sorprehende, D. Silvestre.

D. Silv. Esa persona gallarda
con esos brillantes ojos
todo el corazon me abrasan,
y no cederá el incendio
si no me aplicas la blanca
nieve de tu hermosa mano;
y pues que ya no te escapas
de ser mia, porque estás
con la firma asegurada,
daca esos cinco, paloma,
premia con ellos mis ansias.

Doña Cec. Aunque agradecerlas puedo,
no con mi mano pagarlas.
Porque es su hermano de usted
dueño de ella y de mi alma.

D. Silv. ¿Con que eso es decirme claro
que mis finezas desayras?

Doña Cec. Si señor.

D. Silv. Pues esta firma
obrará.

Doña Cec. No importa nada;
yo solo he de ser de Estevan.

D. Silv. ¡De Estevan! antes te falta
elegir de dos la una,
O ser hoy mi media cama,
O ir mañana á Barcelona
sobre un burro maniatada
á pagar la media muerte
del Marques de la Muralla.

vase por la derecha.

Doña Cec. ¡D. Silvestre!....¡Qué es lo que (oigo!
Mi suerte está declarada,
ya no hay remedio, es preciso
que de este pueblo me vaya,
pero ¿podré dar á Estevan
una pena tan amarga?
y podré perder la vida
en una pública plaza
siendo inocente? ¡Ah memoria!
cómo me asombras y espantas!
¿Partiré?...Sí; pero antes
voy á escribirle una carta.

Siéntase á escribir, y vá diciendo las cláusulas en voz alta.

Amado Estevan, me han puesto en la alternativa de sufrir la muerte ó ser infiel, y así espero me envie usted una caballeria, y el disfráz de varon al camino de Figueras para pasar á Perpiñan; desde adonde escribiré á usted mas largamente para que disponga del constante afecto que le profesa su esposa
Cecilia de Aragon y Palenzuela.

Dobla el papel, y sale Blas por la derecha hablando con el chiquillo.

Blas. Que nadie nace sin padre
es cosa evidente y clara;
pero averiguar quien sea
el tuyo es empresa ardua.

Doña Cec. ¿Hay, Blas, alguna noticia
que tranquilice mi alma?

Blas El conductor de este nene
en ninguna parte se halla;
ya ha sacado del meson
su caballeria; el ama
que vino con él tampoco
parece; mas segun canta
cierto papel presentado,
si D. Estevan se allana
á dar algun dote bueno
á la doncella burlada,
quedarán luego las cosas
en la mas tranquila calma.

D.

D. Cec. ¿Viene el Maestro?
Blas. No señora,
parece que le faltaba
hacer una diligencia.
Doña Cec. Pues dele usted esa carta,
y á Dios, Blas. *le dá la carta.*
Blas. ¿Dónde vá usted?
Doña Cec. A evitarme una desgracia.
Y pues dispone la suerte
que yo de usted, Blas, me valga,
no dudo que corresponda
su lealtad á mi confianza.
vase por la derecha.
Blas. ¿No podia en manos propias
la tal señora entregarla?
Vaya ¿yo llevar papeles
de enamorados? ¡es brava
comision! ¿teniendo oficio
andar yo en estas andanzas?
No señor; por la rendixa
veré si puedo embocarla
en el caxon. Vamos neno,
Mete el chiquillo entre un doblez de la estameña que está en el suelo metiéndole debaxo por almohadas el vestido de librea.
echate un tanto, y descansa,
mientras hago que el villete
llegue á su destino.
Arrodíllase delante del caxon, mete el papel por la juntura, y sale D. Estevan por la derecha con un mozo vestido á lo catalan, que dexa un talego de dinero sobre la mesa, y se vuelve á marchar.
D. Est. ¿Qué andas
registrando?
Blas. ¡Malo, á Dios!
encontráronse los guardas
con los metedores.
D. Est. Dime,
¿qué hacias hay?
Sim. Imitaba
á un hombre que no pudiendo
comprar un dia manzanas,
con un zoquete de pan
se arrimaba á las banastas,
hincaba el diente al zoquete,
la fruta olía y mascaba.
Sale Simon por la derecha, y se admira de ver á Don Estevan con la Cruz.
Sim. Dios guarde á ustedes señores.
Blas. ¿A qué viene este fantasma? *ap.*
D. Est. ¿Qué te importa? salte afuera.
Blas. Afufóse el ver la carta.
Entre sí, y marchándose por la derecha.
D. Est. Siéntese usted.
Sim. No es posible,
que tengo pronta mi marcha.
D. Est. Pues haga usted el recibo,
y dé un repaso á esa plata.
Señala al talego que está sobre la mesa.
Sim. El recibo ya está hecho,
y la plata bien contada.
Entrega un recibo á Don Estevan, saca un pañuelo y vácia en él el dinero del talego.
¿Hay ochocientas?
D. Est. Cabales.
Sim. Ya queda la cosa en calma;
si se ofrece algo mandar.
Vase por la derecha, y Don Estevan mirando el recibo dice:
Buen nombre tiene, Deo gracias.
Sale Blas por la derecha.
Blas. D. Estevan, no hay remedio,
yo quiero ver las medallas,
y de aquí no he de apartarme
hasta que el caxon se abra.
D. Est. No seas, Blas, importuno;
es preciso que te salgas,
porque me importa.
Blas. Paciencia.
Sale D. Prudencio por la derecha, Blas le hace cortesia, y se va por la misma puerta.
D. Prud. Yo debo marchar mañana:
vamos á ver esas cuentas.
D. Est Mejor fuera que llevara
Usia nuestros papeles.
D. Prud. Vengan, pues, que tengo gana
de dexar á usted tranquilo
y solo antes que me vaya.
Abre

Abre D. Estevan el caxon, saca los papeles, y le mira con mucha atencion, D. Prudencio lo repara y dice:
¿Falta acaso alguna cosa?
D. Est. No es mas que una bribonada
de Blas, un bolsillo suyo.
Cierra el caxon, y entrega los papeles D. Prudencio.
Tome Usia.
D. Prud. Luego que haya
repasado bien la suma,
dispondrémos que se haga
la separacion de todo,
y á cada qual se reparta
lo suyo, despues veremos
el dote que usted señala
á la pobrecilla madre
del niño.
D. Est. En vano se cansa
Usia.
D. Prud. No es en vano,
que la justicia la ampara.
D. Est. No pasemos adelante;
si Usia me dá palabra
de guardar dentro del pecho
quanto dice aquesta carta,
Sacando una carta y enseñándosela á D. Prudencio.
sabrá como se ha firmado
el papel que Usia guarda.
D. Prud. Sí doy.
D. Estevan le entrega la carta, y D. Prudencio hace qae lee.
D. Est. Vea Usia ahora
lo que á un amigo le encargan.
Mi hermano y los perillanes
con quien siempre se acompaña,
para sacarme dinero
urdieron la indigna trama,
que como urdida en taberna
no podia estar callada.
D. Prud. ¡A quantos daños estan
expuestos los que se embriagan!
Vuelve la carta á D. Estevan, y sale á D. Pablo.
D. Pab. Celebro de ver á Usia
tan bueno. Hijo en la plaza
hallé á cierto conocido
del Procurador que acaba
de llegar, y le he entregado
mil libras.
D. Est. ¡Si ahora marcha
de aquí con las ochocientas
él mismo!
D. Pab. ¡Hay tal infamia!
El que las llevò me traxo
este recibo.
Saca un recivo, y D. Estevan le mira.
D. Est. Deo gracias.
Con mas de ochocientas libras
ya puede el pícaro darlas.
D. Prud. ¿Puedo acaso yo saber
que es eso que á ustedes pasa?
D. Est. Que aquí se me ha presentado
un ministril faramalla,
armado con un decreto
de la Audiencia á raja tabla.
D. Prud. No puede ser.
D. Est. ¿Cómo no?
Si está aquí.
Saca el Decreto y se le da á D. Prud.
D.Prud. Con verlo basta.
Lee. *Proceda la Justicia de Olot contra D. Silvestre Vilabella, embargándole y vendiendo la hacienda, casa ó casas, cuyo producto baste á cubrir las deudas que constan de los papeles presentados, y entréguese la suma al Procurador D. Deo gracias.*
Hace un poco de pausa, y despues dice representando.
Ello estan todas las firmas
perfectamenta imitadas;
pero la fecha descubre
que en este papel hay maula,
porque en los dias de Misa
no va la Audiencia á sus salas.
Los Jueces cogen al vuelo
las que á los reos se escapan.
Voy á ver al Coronel
para que al instante haga
que se ponga alguna tropa
por el campo acordonada.
Vase vor la derecha.

D. Pab. Mucho sintiera que ese hombre
padeciera por mi causa,
voy á decir que me vuelva
mi dinero, y que se vaya.
Hace que se va, y vuelve.
Estevan mucho agradezco
que hayas dispuesto la marcha
de la Madrileña.
D. Est. ¡Yo! *con desasosiego.*
D. Pab. Iba bien desfigurada
con la capa y el sombrero
de Blas.
D. Est. ¿Dónde iba?
D. Pab. Tomaba
el camino de Figueras,
y es moza de rompe y rasga,
no me ha querido admitir
un dinero que la daba.
Mas voy no prendan mi hombre.
Vase por la derecha, y D. Estevan queda como fuera de sí.
D. Est. Blas. *gritando.*
Dentro Blas. Señor.
D. Est. ¿Con que se marcha?
Sale Blas. ¿Quién?
D. Est. Ponme el caballo.
Blas. ¿Para qué?
D. Est. Pronto, despacha.
Blas. Pero yo....
D. Est. ¿Aun estas aquí?
Blas. Señor, Usia desbarra.
D. Est. Ten, Blas, de mí compasion,
vamos al punto á buscarla,
que aborreceré la vida,
si mi Cecilia me falta.
Vase furioso por la puerta del medio, Blas le sigue, y vuelve por el chiquillo diciendo muy apresuradamente.
Blas. Ay chicorrotito mio,
que ya de tí me olvidaba,
ven te darán una teta
dexándote en qualquier casa;
que donde reyna la industria
reyna en todo la abundancia.
Vase corriendo por la puerta del medio.

ACTO TERCERO.

Sale Blas por la puerta del medio con dos luces que dexa sobre la mesa, luego sostiene á Don Estevan que sale por la misma puerta acongojado y vestido de camino con botas, el qual se sienta en una silla, y apoya en la mesa.

Blas. Vamos, señor, animarse.
D. Est. ¡Ay Blas! mis fuerzas perdidas
no es posible se recobren
hasta saber de Cecilia.
Dexa caer la cabeza mostrando abatimiento, y sale Don Pablo por la puerta de la derecha.
D. Pab. Ya se escapó el faramalla,
y volaron las mil libras;
¿pero qué viene á ser eso?
Blas. Que le dió una congojilla
al montar en su caballo
para ir tras de la niña:
á la verdad que no sé
cómo usted no escrupuliza
de oponerse á que se casen
dos jóvenes que se estiman.
D. Pab. ¿Habia yo de admitir
á una tal muger por hija?
y aun quando sea quien sea,
sin tener dote::-
Blas. ¡Ah avaricia!
Yo la he visto dos alhajas
que valen mas que una mina
del Perú, porque en las dos
hay otras diez embutidas,
que no hay tasador que pueda
dar de ellas tasacion fixa.
Don Estevan da un suspiro, levanta los ojos, y Blas prosigue.
Pero pues ya el desmayado
poquito á poco se aníma,
voy á estorbar que los que entren
se rompan las espinillas.
Toma una luz, va á marchar por la puerta de la derecha, y le detiene Don Pablo.

D.

D. Pab. Aguárdate, Blas: ¿tú sabes
donde esa muger tenia
esas alhajas que dices?

Suelta Blas la luz, levanta las manos meneando los dedos, y dice en voz alta.

Blas. Donde yo: ¿están á la vista?
Llevando el dote en las manos
una muchacha nacida
en tierra donde no aprenden
mas que á hacer zalamerías,
y á ponerse peregiles
para andar desvanecidas;
no sé yo, señor Don Pablo,
qué queda mas que pedirla.

vuelve á coger la luz.

D. Pab. Eres valiente truhan.

Blas. Solo usted es bobo hoy dia.

vase por la derecha.

D. Pab. Mira si vuelves en tí,
y á esa advenediza olvidas.

D. Est. ¡Ah padre! no me es posible
vivir ya sin mi Cecilia.

D. Pab. Yo estaba creyendo, Estevan,
que marchaba esa mocita
con consentimiento tuyo.

D. Est. ¡Ah señor! ¿la apartaria
de mí, quando sus bondades
tienen mi alma tan rendida?

D. Pab. Por eso la perillana
te corresponde tan fina.

D. Est. Si usted conociera, padre,
las virtudes de Cecilia,
viera que su corazon
no es capaz de bastardias.

D. Pab. ¿De una mozuela que tiene
ajusticiada una tia,
puede nadie prometerse
mas que infames villanias?

D. Est. ¿Su tia está ajusticiada?

D. Pab. Yo oí que se lo decian
esta tarde, y aunque hizo
quantos esfuerzos podia
para mostrar que era otra,
se quedó al fin confundida.

D. Est. Si esa vil tia siguiera
las huellas de su sobrina,
no hubiera llegado, padre,
á tan extrema desdicha.

Sale Blas por la puerta de la derecha muy cargado con una arquilla que suelta de golpe sobre la mesa, Don Pablo abre el armario, y ayudando á Blas encierran en él la arquilla.

Blas. Ábranme presto el armario,
que reviento voto á cribas.
Valga el diantre lo que pesa.

D. Pab. ¿De dónde traes esa arquilla?

Blas. En la puerta me la ha dado
un hombre con mucha prisa,
y se ha pasado corriendo
á casa de la vecina,
á decirla que esta noche
dexe la casa muy limpia,
y que disponga mañana
una opípara comida.

D. Pab. Bien lo ha corrido: es la posta

muy contento.

que ha ido á Vique; ¿y qué noticias?

Va á marchar por la derecha, y Blas le da una carta.

Blas. Para ser usted anciano,
tiene la sangre muy viva:
lea usted antes, señor,
con sosiego esta cartita.

Abre Don Pablo la carta y lee.

Estimado Don Pablo, mi Vicenta no cabe en sí de gozo, y ha querido demostrarlo enviando á Estevan esa arquilla con tres mil duros, para que disponga de ellos á su voluntad, como suyos que son, y nadie le pedirá cuentas.

Mi hermano Don Prudencio tiene que volverse luego á Barcelona, y antes que salga de esa Villa ha de quedar concluido el asunto que tanto anhelan sus mas apasionadas servidoras = Paula y Vicenta.

Repr. Llegó, Estevan, el instante
mas dichoso de tu vida.
Voy corriendo á disponer
que salgan á recibirlas
con música los muchachos
tirando confiturías.

Vase Don Pablo por la derecha, y Blas da una llavecita á Don Estevan.

Blas.

Blas. Aquí está, señor, la llave
que me han dado de la arquilla;
ábrala, y diviértase,
que los metales de Indias
han solido á mas de quatro
preservarles de ictericia.
D. Est. ¡Ah querido Blas! los hombres
todos tienen su manía,
y la que á unos divierte
á otros les martiriza.
Mi padre quiere casarme
con muger hermosa y rica,
y yo solo encuentro gusto
en pensar en mi Cecilia.
Sale Doña Cecilia por la puerta de la derecha con el peynado descompuesto y las manos ensangrentadas.
D. Cec. ¡Ah querido Estevan mio!
ya está Cecilia perdida.
D. Est. ¿Pues qué sucede? qué es esto?
levantándose enagenado de gozo y admiracion.
¿Usted volver á mi vista?
¿Qué sangre es esa?
D. Cec. No sé.
¡Ay de mí! como lo diga:
ese bárbaro de hermano
de usted, viendo que partia
yo de Olot, me fue siguiendo
hasta cerca de la hermita
de San Cosme: allí insistió
en irse en mi compañia;
y al ver que eran mis desprecios
mayores que sus caricias,
con irracional furor
intentó una accion indigna;
mas como siempre da el cielo
con el mal la medicina,
me deparó allí unas zarzas,
corro á buscar acogida
en ellas; y como ciego
de cólera me seguia,
qual caballo desbocado,
en ellas se precipita,
de modo que todo el rostro
se lastimó en las espinas,
y se tiró contra el suelo
dando voces desmedidas:
sin que él pudiese notarlo
he dado vuelta á la Villa,
y vengo aquí á guarecerme
porque nadie se imagina
que un reo pueda ocultarse
en donde tanto peligra.
D. Est. Dulce esposa, quando el cielo
me ha concedido esta dicha,
no dudo que hoy se verán
mis esperanzas cumplidas;
¿pero qué es lo que dió causa
á fuga tan repentina?
D. Cec. Blas, ¿y la carta?
Blas. Señora,
no hago yo esas tercerías.
D. Cec. De dar una carta abierta
de dos que á casarse aspiran
no sé que persona alguna
arguya tales malicias.
Blas. Los que leer no sabemos
hacemos mil tonterias:
señores, ese caxon
me ha servido de balija.
D. Estevan abriendo el caxon de la mesa.
D. Est. Blas, ahora que me acuerdo,
¿cómo has tenido osadía
de sacar de él el bolsillo?
Blas. ¡Yo, señor! *santiguándose.*
D. Est. ¿Qué te santiguas?
Emplea bien el dinero,
y jamas digas mentiras,
que aquí no hay carta ninguna.
Blas. ¿Cómo no? ¿Qué bruxerías
andan hoy en esta casa?
Si quando yo la metia
entró Usía, y por un tris
no fue testigo de vista.
D. Est. ¡Ay señora! entre unas cuentas
que dí á Don Prudencio iria.
D. Cec. ¡Pues el temor de mi muerte
sus cláusulas contenian!
¡Que esa justamente era
la causa de mi partida!
D. Est. ¡Eso solo nos faltaba
para colmar las desdichas!
D. Cec. Dueño amado, la prudencia
es el mejor norte y guia:
me pasaré á Perpiñan,

y usted hará sus pesquisas
en tanto para avisarme
si adquiere alguna noticia.

D. Est. ¿No ve usted que su persona
ya en el camino peligra?

D. Cec. Con el disfraz de varon
no puedo ser conocida.

Blas. Señores, que viene un hombre.

Mirando hácia la puerta de la derecha.

D. Est. ¿Qué hombre?

Blas. Aquel de justicia.

D. Cec. Voy al punto á disfrazarme.

D. Est. Si; y salga usted de esta Villa.

Vase Doña Cecilia por la puerta de la izquierda llevándosela tras sí de golpe, y Don Estevan echa la llave con mucha prontitud.

Blas. ¡Santo Dios! ¡Quién del caxon
mi dinero llevaria!

Vase por la derecha, y sale por la misma puerta Simon con botas y espuelas; Don Estevan al verle se enfurece, y coge la puerta para no dexarle escapar.

Sim. ¿Está en casa Don Silvestre?

D. Est. ¿Y tiene usted osadía
de volver á presentarse
aquí? Vengan las mil libras
que mi padre envió á usted.

Sim. Sosiegue usted esa ira;
luego vendrá Don Prudencio...

D. Est. ¿A qué?

Sim. A restituirlas.

D. Est. ¡Don Prudencio!

Sim. Como usted
me dixo que hoy se veia
sin quartos; las recibí,
y las dí á su Señoría,
por no poder yo traerlas
á causa de mi partida.

D. Est. No nos venga usted con mas
trápalas ni embusterias;
si usted no suelta al instante
las mil y ochocientas libras,
irá desde aquí á un encierro.

Sim. Tengo la conciencia limpia,
y estoy con mucha frescura.

Asoma Blas por la puerta de la derecha, sirviendo de lazarillo á D. Silvestre, que sale como ciego, con la frente y mexillas ensangrentadas, lo que conservará hasta el fin de la Comedia, y al entrar se da un coscorron, y dice gritando.

D. Silv. ¿Hombre, por donde me guias?

Sim. ¿Qué es eso, amigo Silvestre?

Don Silvestre inclinándose hácia donde oye la voz de Simon.

Amigo Simon, desdichas;

Aquí se inmutan D. Estevan y Simon, mirándose con inquietud.

estar ciego, sin saber
tocar ni cantar folias,
es tener ya, amigo mio,
enteramente perdidas
las esperanzas; y así
disponte luego á seguirla,
que si se escapa ha de darme
un torozon, anda aprisa.

Sim. ¿Quién se ha de escapar, Silvestre?
Tú estás loco.

D. Silv. La Cecilia. *gritando.*

D. Est. Ya que esta casualidad
me aclara mas, y confirma
las indignidades de ambos,
aunque aquí pierda la vida
he de castigar...

Echa mano á la espada, y Blas le abraza fuertemente para contenerle: Simon se acerca á D. Silvestre y le habla al oido.

Blas. ¡Señor!

D. Est. Suéltame.

Blas. Vaya, patillas
anda aquí.

D. Est. ¿Quieres dexarme? *(Sim.*

Blas. Marche usted de nuestra vista. *á*

Sim. Y de España: á Dios Silvestre.

Vase por la derecha, y Don Silvestre queda gritando.

D. Silv. ¡Esto es lo que mas temia!
Si tú te vas, Simon mio,
estos diablos me asesinan.
¿Qué es lo que hoy pasa por mí?

Sale por la derecha Don Prudencio, y mientras habla con Don Estevan, Don Sil-

Silvestre abre y cierra los ojos con mucho trabajo, y mira luego la pieza.

D. Prud. Señores, ¿qué voceria
es esta?

D. Est. Que el Don Deogracias,
que tanto enredo motiva,
es el infame Simon.
Ahora ha dicho que Usía
Tiene el dinero que padre
le envió.

D. Prud. ¡Quanto embolisma!
Blas, anda á ver si le alcanzas,
y vuelve á darme noticia
de la casa adonde entra.

Blas. Me alegro de ser su espía.

Vase por la derecha, y Don Silvestre abre los ojos.

D.Silv. ¡Ay Dios! ¡qué gozo! ya veo.

D. Prud. Seor Doctor, ¿qué significa
esa sangre?

D. Silv. Esto no es sangre.

D. Prud. ¿No es sangre?

D. Silv. No.

D. Prud. ¿Pues qué es?

D. Silv. Sangrias.

Va á irse por la derecha, y Don Prudencio le detiene.

D.Prud. Aguarde usted, que aquí traigo
todas las cuentas ya vistas,
y quiero que ustedes salgan
de ellas.

D. Silv. No tengo prisa.

D. Prud. La tengo yo, y me he empeñado
en que hoy queden fenecidas.
Dígame usted, Don Estevan,
¿quién es una tal Cecilia
de Aragon, que ha escrito á usted
un papel de despedida?

D. Silv. Señor, que ese ha de encajarle
medio millon de mentiras,
casarse quiere con ella
deshonrando mi familia.

D. Est. ¿Quieres detener perverso
esa lengua tan nociva?

D. Silv. ¿Sabes que esa vil muger
firmó que se casaria
tambien conmigo? mira hombre,
recreate con su firma.

Enseña el papel que le firmó Doña Cecilia, Don Estevan le mira y se rie.

D.Est. ¿Es su nombre Antonia Mendez?

D.Silv. ¿Con que me burló la indigna?
furioso.

D. Est. Recreate, esta es su letra
enseñándole otro papel.
y su verdadera firma.

D. Silv. Que la prendan al instante, *á D.Prud.*
que esa es, Señor, la homicida
del Marques de la Muralla.

D. Est. Cesa, corazon de harpía.

D. Prud. ¡De la Muralla! ¡es creible!

D. Silv. No habrá quien lo contradiga.

D.Est. Señor, sé que está inocente.

D.Prud. Pero mientras se averigua
debo yo...

D.Silv. Nada, encajarla
en la carcel de patitas.

D.Est. ¡Ah, Señor! si lo merecen
mis incesantes fatigas,
suplico se la destine
por prision toda la Villa.

D.Silv. No es menester, ya á estas horas
tendrá dos leguas corridas.

D.Prud. Yo haré presto que la alcancen.

Vase hácia la puerta de la derecha escuchando lo que dice D.Silvestre.

D.Silv. Por San Cosme, se encamina
hácia Francia; mas, Señor,
los que vayan á seguirla
tengan cuidado no vuelvan,
como yo, hechos una criba.

D.Prud. ¡Qué necio!

D.Silv. Soy Mayorazgo... *mirando á D.Est.*

D.Prud. ¿Y qué?

D.Silv. No hablo con Usía.

D.Prud. No me espanto que usted sea
de condicion tan altiva,
que del que nace con bienes
la ignorancia es la divisa.

Vase por la derecha.

D.Silv. Quiero sepa el Fabricante
que ha de ser mia Cecilia.

Vase por la puerta de la derecha, Don Estevan abre la de la izquierda y sale Doña Cecilia.

D.Est. Por librarla de tus garras

mi furor no te castiga.

D. Cec. ¡Ay Dios! ¡quánto contratiempo
carga sobre mí este dia!

D. Est. ¿No se ha disfrazado usted?

D. Cec. No; que lo imposibilita
el faltarme las maletas.

D. Est. ¡Las maletas!

D. Cec. Sí: conspira
contra mí todo: ¿qué medio
podré hallar en tal desdicha?

D. Est. Yo veré si algun amigo
se compadece, y abriga
á usted en su casa, en tanto
que el Cura nos facilita
los despachos.

Sale Don Pablo por la derecha, y se sorprenden los tres.

D. Pab. Ven, que llegan
ya Doña Paula y su hija...
Viendo á Doña Cecilia.
¿Otra vez esa muger
vuelve á turbar mi alegria?

D. Est. Duélase usted, padre mio,
de los dos; y no permita
se separen estas almas
que tiene ya el Cielo unidas.

D. Pab. Si me hubieses declarado
antes de este medio dia
esa pasion tan violenta,
se evitara la venida
de la Vicenta y su madre;
pero ya todos publican
tu boda, y para excusarla
no hallo ninguna salida;
con que cuenta no me expongas
á que haga una tropelía.

Don Estevan saca del caxon un libro de muestras de telas texidas por Doña Cecilia.

D. Est. No señor, voy al momento
á asegurar á Cecilia,
y á procurar que se marche
para siempre de esta Villa,
aunque pierda España en ella
lo que este libro acredita.

Tira el libro sobre la mesa, y se va por la derecha.

D. Pab. ¿Con que todas estas muestras
abriendo el libro.
están por usted texidas?

D. Cec. Si señor.

D. Pab. Son excelentes;
pero usted es muy maligna.

D. Cec. ¡Maligna yo! no sé en qué.

D. Pab. ¡Que es usted inocentita,
los amores con mi Estevan
claramente lo publican!

D. Cec. En nuestra aficion, Señor,
no hay la mas leve malicia,
porque aunque en nosotros obra
la natural simpatía
tan extraordinariamente
desde la primera vista,
hasta hoy no he declarado
mi sexô.

D. Pab. ¿Hasta hoy? ¡Viva!
Quando acaba de decirme
Estevan que necesita
tratar antes de casarse
mucho tiempo á la querida
para observarla las mañas,
¿tan de repente se habia
de enamorar?

D. Cec. Esta tarde,
para cosa bien distinta,
le manifesté, Don Pablo,
mi patria, sér y familia;
fiaba en que su amistad
con teson me ampararia,
mas no que usase conmigo
una accion tan noble y fina.

Sale Don Prudencio por la derecha.

D. Prud. ¡Don Pablo, Blas nos ha dado
una excelente noticia!
Para prender al Deogracias
ya la tropa está á la mira...

Al ver á Doña Cecilia se admira, saca la carta y se la enseña, diciéndola.

¿Es usted la que hoy ha escrito
este papel?

Doña Cecilia le mira, y baxa los ojos.

D. Prud. Vaya, diga.

D. Cec. ¿Quién me lo pregunta? *con humildad.*

D. Prud. Un Juez.

D. Cec. Si señor, la suerte impía
enternecida.

me hace parecer culpada;
mas no lo soy.

D. Prud. No se aflixa:
estoy bastante enterado
que en su persona se cifran
virtudes muy singulares;
pero pide la vindicta
pública que la asegure.

D. Cec. ¿Y será, Señor, justicia,
oprimir á una inocente?

D. Prud. Las sospechas la acriminan;
y así, mientras que yo hago
las diligencias mas vivas
para indagar de su causa
las favorobles noticias,
será la prision de usted
el mismo quarto en que habita.

D. Cec. El mayor gusto que tengo
es estarme recogida
dentro de él; con mis telares
todas mis penas se olvidan.

Entrase por la puerta de la izquierda haciéndoles cortesia.

D. Prud. Don Pablo, eche usted la llave,
y démela.

D. Pab. Tome Usía.

Cierra y le dá la llave.

D. Prud. ¿Qué libro es ese?

D. Pab. De muestras
de telas.

D. Prud. Son exquisitas: *mirándolas.*
¿se sabe de dónde vienen?

D. Pab. De las manos de esa niña.

D. Prud. Si ellas texen estas cosas
se pueden llamar divinas.

Se oyen por la derecha á lo lexos algunos pistoletazos, música tocando la marcha, y mucha algazara que dura hasta la ida de D. Pablo.

Dent. Unos. Viva Vicenta la hermosa.

Otros. Bien llegada: bien venida.

D. Prud. ¿Quéalgazara es la que suena?

D. Pab. Que en casa de la vecina
se estan apeando ahora
Doña Paula y Vicentilla.

D. Prud. ¡Qué dice usted! ¡es posible!
¡Mi hermana aquí y mi sobrina!
¿Pues cómo al pasar por Vique
no me han dicho que venian?

D. Pab. Señor, yo soy el culpado,
porque sabiendo que estima
mucho la Vicenta á Estevan,
con el intento de unirla
con él, escribí....

D. Prud. ¿Y la novia
que tiene en casa metida?
Yo he de averiguar qué es esto.

Vase por la derecha, y D. Pablo dexa el libro sobre la mesa.

D. Pab. Perdido estoy si se obstina
en no querer á Vicenta
mi Estevan.

Cierra D. Pablo el armario, guarda la llave, y sale D. Estevan por la derecha.

D. Est. ¿Padre, qué indica
el no hablarme D. Prudencio?

D. Pab. El te aclarará el enigma: *con severidad,*
la Cecilia ya está presa,
y es menester que nos sigas.

Vase por la derecha, y cesan los tiros y la música.

D. Est. ¡Cecilia presa! ¡Dios mio!
¿tendrán fin tantas desdichas?
¿De qué me sirve tener
habitacion prevenida
donde llevarla? ¿de qué?...

Sale Blas por la derecha con el chiquillo.

Blas. No he visto tal tremolina
como se arma en este pueblo
quando las novias arriban.
Todas las calles estan
blancas de confitería,
lo mismo que quando nieva,
cae mucha piedra ó graniza.
Ya que Usia va á casarse
á la usanza de Turquia,
¿Quál, Señor, de las tres novias
ha de ser la favorita?

D. Est. No me hallo, Blas, con humor
de oir tus chocarrerías.

Blas. Pues alón, el Señor Cura
me ha dicho que espera á Usia.

D. Est. Si el Cielo quiere que sea
para calmar mis fatigas,

con Cecilia he de casarme
dentro de la cárcel misma.

Vase por la puerta de la derecha, y Blas habla con el chiquillo; mientras le echa sobre la estameña y le tapa.

Blas. ¡Qué inhumano padre tienes,
que ni siquiera te mira!
pero en fin, ya te has mamado
una muy buena tetita,
echate ahora, y veremos
en qué paran estas misas.

Mira ácia la derecha, y salen D. Silvestre, y Simon.

D. Silv. Anda, dí á padre qué venga. *(á Blas.*
Blas. ¡Si querrán darme papilla! *ap.*

Vase Blas por la derecha, y entorna la puerta de modo que se vea que se queda á escuchar.

Sim. Hombre, ¿y si viene tu padre?
D. Silv. ¡Venir con la greguería
que allá anda!
Sim. No gastemos,
Silvestre, tiempo y saliva.
Ocúltate quanto antes.

D. Silvestre señalando el quarto de la izquierda y el armario donde está la arquilla.

D. Silv. Aquí está, Simon, la chica,
y dentro de aquel armario
hallarás tambien la arquilla
del dinero: tres mil duros
la posta en ella traia.
Sim. Mira que grano de anis
para nuestras correrias.
D. Silv. ¿Qué se mueve aquí?

Reparando en la estameña en que está el niño.

Sim. Algun perro.
D.Silv. ¡No es mal perro! ¡Simon, mira
qué imprevisto acaso! un niño:
¡Y es el mio!
Sim. No te finjas
entusiasmos.
D. Silv. ¿No son estos
mis dixes, y estas tus cintas.
Sim. Silvestre, no es tiempo ahora
de andarnos en niñerías,
mira que si nos paramos
nuestras personas peligran.
D. Silv. Ya lo veo; mas la suerte
de mi hijo me martiriza.
Sim. Vamos, dexa las simplezas,
y ocúltate.

Escóndese D. Silvestre por la puerta del medio, y llama Simon á la de la izquierda.

Sim. Señorita,
salga usted presto.
Dentro Doña Cec. No puedo.
D. Silv. ¿Si nos la aprisionaria
Don Prudencio?
Sim. A bien que á estas *(sacando sus llaves.*
no hay puerta que se resista.

Abre Simon la puerta de la izquierda con las llaves, y sale Doña Cecilia.

D. Cec. ¿Que quiere usted?
Sim. Que se venga
al punto en mi compañia,
porque tiene Don Estevan
prontas las caballerias
para marchar.
D. Cec. ¿Qué motivo
á tal repente le obliga?
¿cómo ha obtenido la llave?
Sim. No lo sé.
D. Cec. ¡Triste Cecilia!
¡Qué de sobresaltos pasas
por la maldad de una tia!

Simon abriendo el armario en que está la arquilla, y guardándose las llaves.

Sim. Dice tambien que llevemos
con nosotros una arquilla
que ha de haber aquí: esta es:

Carga con ella, y la dexa caer sobre la mesa en ademan de no poder hacer fuerza con la mano izquierda.

mas pesa que yo creia.
No puedo llevarla solo.
D. Cec. Yo ayudaré.
Sim. Fatiguillas
son estas muy saludables
para conservar la vida

Vanse por la puerta del medio llevando entre los dos la arquilla, Blas entreabre

abre un poco la puerta de la derecha, y la vuelve á entornar al ver que sale por la del medio D. Silvestre.

D. Silv. Con esto ya mis ideas
del todo estan conseguidas.
Arrodíllase á besar el niño.
¡Ay hijo de mis entrañas!
¿Por mi cabeza maldita
te dan hoy para descanso
una cuna tan iniqua?
Pero ¿podré abandonarte?
Padre tirano sería
si no te buscase al menos
quien en tu niñez te asista.

Le dá un beso, y se le lleva por la puerta del medio. Sale Blas, y como quien no sabe lo que le pasa dice:

Blas. ¿Si serán estos tambien
los que el bolsillo me limpian?
¡Dios mio! ¿qué haré yo solo
al ver tales fechorias?
¿Avisar á Don Prudencio?
¿Dár voces? no: otras medidas
se han de tomar.

Al irse corriendo por la derecha salen Don Prudencio y D. Pablo.

D. Prud. ¿Donde vas?
Blas. No hay lugar de que lo diga.
vase por la derecha.
D. Pab. Viendo el enojo de entrambas
¿qué ha de disponer Usia?
D. Prud. Que Don Estevan se case,
si gusta, con su Cecilia,
burlando la ligereza
de usted, mi hermana y sobrina.

D. Prudencio repara que está abierta la puerta de la izquierda, y D. Pablo que falta la arquilla del armario.

D.Prud. ¿Cómo está abierto aquel quar- (to?
D. Pab. No sé, señor, una arquilla
falta aquí con tres mil duros,
si esto es robo, me aniquilan.

Vase por la puerta del medio, y D. Prudencio se acerca á la de la izquierda.

D. Prud. Sin duda habrá D. Estevan
hecho alguna tropelia.
sale Don Pablo gritando.
¡Pobre de mí! ¡D. Prudencio,
que todas mis alhajillas
y el dinero me han robado!
¡Ahora puede ver Usía
lo que ha sacado ese Estevan
de abrigar á gente indigna!

Sale Blas por la derecha corriendo, y D. Pablo le coge de un brazo.

H. Pab. ¡Vuelves, infame ladron!
Blas. Yo juego con manos limpias,
D. Pablo, y si no mirara
que está aquí su Señoría....
D. Prud. Sosegarse.
Blas. Es que esos dichos
me sacan de mis casillas:
¡que no esté aquí mi maestro!
¡Ladron yo!

Sale D. Estevan por la derecha con unos papeles en la mano.

D. Est. Que algaravía
metes, Blas.
Blas. ¡Si quando vengo
de prevenir que esté lista
la tropa para prender
á una endiablada trinca
que acaba de hacer en casa
el saqueo de la arquilla,
¡me llaman ladron!
D. Prud. D. Pablo
no supo qué se decia:
y así, sosiégate. ¿Sabes
quienes son los de la trinca?
Blas. Son el padre del chiquillo,
Simon y Doña Cecilia.
D. Est. ¡Cecilia! No puede ser.
Blas. Basta que Usía lo diga.
D. Est. Y aun sobra. ¿Qué, su virtud
puede acaso ser fingida?
D.Pab.¡Que aun á disculpar te empeñes
á esa vil advenediza!
D. Prud. ¿Estás cierto en que ha tenido
parte en el robo Cecilia?
Blas. Yo señor no pude oirles
la conversacion seguida;
pero ví que ella y Simon
sacaron de aquí la arquilla.
D. Est. Llegó á tiempo el desengaño:
yo, padre mio, creia
tener con esa muger
mi felicidad cumplida,
confieso que me seduxo

su falaz hipocresia
tanto, que esta misma noche
á hacerla mi esposa iba:
estos eran los despachos;
pero pues es tan indigna,
ahora mismo por el ayre
los arrojaré hechos trizas.
Dá un rasgon á los papeles, y los arroja.
D. Prud. Voy á ver si la prision
de los tres se verifica
para que quede memoria
en Olot de mi venida.
vase por la derecha.
Blas. Voy tambien ya que tenemos
cerca la carcel de Villa.
vase por la derecha.
D. Pab. ¿Escarmentarás ahora
de la perversa mania
de abrigar dentro de casa
tanta gente foragida?
D. Est. Injustamente dá usted
ese nombre á quien se aplica:
toda mi gente es honrada.
D. Pab. Sí: es verdad: hasta Cecilia.
D. Est. ¿Quando hay zizaña en un campo
se arranca tambien la espiga?
Padre, yo he de trabajar,
que esta distinguida insignia
á esa gente se la debo.
D. Pab. Díme: ¿quánto mas valdria
que la hubieses grangeado
con las letras ó milicia?
D. Est. ¿Es acaso indigno de ella
un hombre que se dedica
á ser util á la patria,
con una empresa tan digna
como tener ocupados
centenares de familias?
D. Pab. El Estado justamente
dá siempre la primacía
al sabio y al militar,
porque son los que vigilan
en regirle y defenderle
de invasiones enemigas.
D. Est. ¿Y quién sustenta á esos hombres?
Las incesantes fatigas
del honrado menestral
que trabaja noche y dia;
que exponiéndose al peligro
de que le quiten la vida,
atrae á los extrangeros,
con la utilísima mira
de que difundan su industria
en el pais donde habita;
que procura que se ocupen
hasta los niños y niñas,
practicando así los medios
seguros de que reciba
aumento la poblacion,
la aplicacion mas estima,
y el Real Erario con ellas
cantidades muy crecidas.
D. Pab. Yo veo que los Monarcas
honran con esas insignias
á muy pocos artesanos.
D. Est. ¿Y son muchos los que aspiran
á ellas por medios dignos?
¿Habrá ninguno que diga
que está el mérito sin premio
quando llega á la noticia
de nuestro Rey? ¿Mas qué luces
toda la casa iluminan?
Sale por la derecha Don Prudencio, siguiéndole Don Silvestre y Simon con las manos atadas atrás, acompañados de soldados con armas y hachas encendidas.
D. Prud. Aquí están los delinqüentes.
D. Pab. ¡Amado hijo de mi vida!
D. Prud. De nada sirven extremos:
los hombres que no se aplican
á las artes ó á las ciencias
son del estado polillas.
Sale por la derecha Blas con el chiquillo, el bolsillo y las llaves de Simon: el mozo viene cargado con la arquilla, las maletas, dos taleguillos de dinero, unas caxitas de alhajas, candeleros, cubiertos de plata &c. y se descarga poniéndolo encima de la mesa.
Blas. Aquí traigo, señor, todos
los mandados de una via:
las alhajas, los talegos,
las maletas y la arquilla;
y mi bolsillo robado
con estas llaves malditas.
Presenta el bolsillo á Don Estevan.
D. Est. Perdóname, y guárdale,

que

que ya que tanto te aplicas,
te daré dentro de poco
la escritura por cumplida,
y la cantidad que baste
á la empresa que meditas.

Blas. Luego que tenga en Asturias
mi fábrica establecida,
no se verán en Madrid
tantos zánganos que sirvan.

D. Pab. Ya llegó el tiempo que pagues,
infame, tus picardias. (*á Sim.*

Blas entrega el niño á Don Pablo, y este le recibe.

Blas. Don Pablo, tome este nieto,
hijo de su nuerecita.

D. Pab. ¡Mi nuera!

Blas. Si no la esposa
de Don Silvestre.

D. Pab. ¿Deliras?

Blas. No señor, observe usted
entrambas fisonomías,
verá como no desmienten
las señas de su familia,
y caerá de la burra
como yo.

D. Pab. ¡Y hoy me pedias *á D. Silv.*
dinero para ser frayle!
Quita el niño de mi vista. *á Blas.*

D. Est. Búscale al instante una ama.

Blas. Por fin te dan acogida.
Si no fuera por tu tio
qué buena niñez tendrias
en poder de tan buen padre.
vase por la derecha.

D. Est. Si emendarte determinas,
te señalaré, Silvestre,
una renta vitalicia,
y te dexaré esta casa,
pues ya está la tienda limpia.

D. Silv. Nada de tí necesito.

D. Prud. ¡Esa es mucha altanería!
¿Sabe usted que ha malgastado
mucho mas de cien mil libras?

D. Pab. Señor, ¡tan enorme exceso!...

D. Prud. Consta de sus mismas firmas;
y así para que deteste
tan perversas compañias,
y se resuelva á ganar
decentemente la vida,
con un par de grillos puestos
saldrá luego de esta Villa
á estar un año encerrado.

Sim. No ha de conseguir Usía
nada, porque él y yo
somos de una pasta misma;
por bien corderos, por mal
serpientes luciferinas.

D. Prud. Que lleven á ese insolente,
falsificador de firmas,
á cargarle de cadenas,
mientras que se le destina
á que en las minas de azogue
haga la mayor fatiga.

Sim. Señor, piedad.

D. Prud. Que le lleven;
y traigan aquí á Cecilia.

Vanse los soldados llevándose á Simon; este al volver la espalda hará de modo que se le vean las manos sin guantes, y la izquierda entrapajada.

D. Est. ¿Esa engañosa muger
volver aquí todavia?

D. Prud. Quiero que usted vea cómo
sus delitos se castigan.

Sale Doña Cecilia por la derecha acompañada de soldados, repara en Don Estevan, y corre desatentada hácia él.

D. Cec. Nada importa que los cielos
con tantas penas me opriman,
si la agradable presencia
de mi dueño las alivia.

D. Est. ¿Yo dueño de usted? Traidora:
quítese usted de mi vista,
y vaya á que la liberten
esos monstruos con quien iba. (van

D. Cec. ¡Qué es lo que oigo, amado Este-

Don Estevan la vuelve la espalda, y ella dice mirando á Don Prudencio con la mayor afliccion.

¡Ah señor! disponga Usía
que me lleven á un suplicio:
¡para qué quiero la vida,
si hasta el mejor de los hombres
contra mí emplea sus iras!

D. Prud. La suerte de usted, señora,
en extremo me contrista,
y así, para que fenezcan

de una vez tantas desdichas,
sepa usted que el señor Batlle
quando yo llegué tenia
la declaracion tomada
á esos vagos: su malicia
hizo que usted ayudase
á sacar de aquí la arquilla;
pero el cielo que no sufre
ver la inocencia abatida,
ha hecho que por su boca
se vean desvanecidas
las sospechas, declarando
que es usted::-

D. Cec. ¿Qué soy, señor?

D. Prud. El gozo el habla me quita.
¡Marquesa!

Todos. ¡Marquesa! *menos D. Silv.*

D. Cec. ¿Yo?

D. Prud. Sí.

D. Cec. ¿Cómo?

D. Prud. Es cosa nunca oida:
el Marques de la Muralla,
viendo que el mundo aplaudia
tanto la industria de usted,
se determinó á pedirla
por esposa, resultando
la novedad peregrina
de que yendo á averiguar
si era usted de sangre limpia,
la hallase, no solo ilustre,
sino que era á quien venian
su título y sus Estados
despues del fin de sus dias.

D. Pab. Es creible.

D. Prud. Yo lo afirmo:
el archivo de esta Villa
guarda una requisitoria
y otra orden expedida
despues de ella, originales
que quanto he dicho confirman
por si hay alguien que lo dude.

D. Cec. ¡Dios mio! ¡habrá quien no siga
las huellas de la virtud,
viendo por quan rara via
libertais hoy mi inocencia!

D. Est. ¡Tanta fortuna Cecilia!

D. Prud. Sí señor, ya recayeron
en ella todas las fincas
del Marques, y porque vea
quanto mi afecto la estima,
el ponerla en posesion
correrá de cuenta mia.

D. Cec. Don Prudencio, pues los cielos
mis tormentos finalizan
por su boca, eternamente
le viviré agradecida.

D. Est. ¡Y pudo mi ceguedad
despreciar á esta heroina!
Señora, ya que la amé *con sumision.*
sin tanta prerogativa
mi fiel corazon espera...

D. Cec. ¡Quando era poco hace indigna
de que usted compadeciese
mis infortunios, me admira
mucho que usted quiera ahora
interesarse en mis dichas!
Hombre inconstante y traidor,
quítese usted de mi vista:
mi mano está destinada
ya.

D. Est. ¿A quién?

D. Cec. A quien la estima
como debe.

D. Est. ¿Quién es ese?

D. Cec. Es... á quien reconocida
quisiera con esta mano
rendirle una Monarquía.

Da la mano á Don Estevan, y este la recibe con el mayor gozo.

D. Est. ¿Soy yo?

D. Cec. ¿Pues quién ha de ser
sino usted?

D. Prud. El amor viva;
y hagan ustedes su boda,
que mi afecto la apadrina.

D. Est. Padre, ¿podré ya admitir
por mi dueño á la Cecilia?

D. Pab. Sí: loco estoy de contento,
conmigo el cielo os bendiga.
échales la bendicion.

D. Silv. ¡Que haya yo de sufrir esto!

D. Prud. Amigo, mudar de vida,
y no aparte usted jamas
este exemplar de la vista,
que mientras la ociosidad
labra á sus hijos la ruina,
la aplicacion á los suyos
da honor, riqueza y delicias.

FIN.